

LA GENEALOGIA DE LA VIOLENCIA

Por FRANCISCO POSADA DIAZ

Especial para la *Revista Jurídica* de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

I.—LA CRISIS DEL COLONIALISMO ESPAÑOL

En la segunda mitad del siglo XVIII se dieron en el Virreinato de la Nueva Granada crecientes transformaciones socio-económicas, en cierto modo revolucionarias. Las viejas estructuras entraban en un completo *impasse*. La situación desfavorecía al clásico colonialismo español, basado en una política de simple succión, que descuidaba los aspectos de la productividad y las inversiones.

España no se interesó tradicionalmente más que en fomentar la explotación de metales preciosos, en especial la del oro en el sector occidental del país. Por eso mismo, los beneficios de la metrópoli se redujeron casi exclusivamente a dos renglones: el procedente de la minería y el de los ingresos fiscales. Respecto al segundo, don Salvador Camacho Roldán dijo: “Todo está gravado: el capital y la renta, la industria y el suelo, la vida y la muerte, el pan y el hambre, la alegría y el duelo. Monstruo multiforme, verdadero Proteo, el fisco lo invade todo, en todas partes se encuentra, y ora toma la forma enruanada del guarda de aguardiente, el rostro colérico del asentista, el tono grosero del cobrador de peaje, la sucia sotana del cura avaro, los anteojos del escribano, la figura impasible del Alcalde armado de vara, la insolencia del rematador del diezmo, o la cara aritmética del Administrador de Aduana”. La colonia ahogaba la producción nacional y desalentaba la actividad manufacturera.

Pero el siglo XVIII fue de grandes mutaciones. El oro estaba agotado en los yacimientos fáciles y la valorización de otra clase de yacimientos demandaba fuertes inversiones. Por otra lado, la producción agrícola, pese a las dificultades, progresaba a un ritmo lento pero aceptable. A este crecimiento de fuerzas productivas en la agricultura lo acompañó una decisiva reestructuración de la forma anterior de tenencia de la tierra en el Oriente neogranadino. Sobre todo en lo tocante a los resguardos indígenas. Muchos autores afirman que su descomposición solo se debió a las medidas legales de los gobiernos republicanos. Sin embargo, ya en el siglo XVIII, como lo comprueban modernas investigaciones de los informes de los visitadores virreinales, los indígenas cedían o vendían las tierras de los resguardos a ocupantes de hecho. Las autoridades se vieron forzadas a aceptar esta situación, que contrariaba la legislación de Indias, pero que era el producto de un inexorable avance de nuevas fuerzas sociales. La producción casi natural de los resguardos, y en todo caso no expansiva, era suplantada por una economía agraria de pequeños y medios propietarios. La quiebra de los resguardos y la decadencia de las instituciones coloniales "clásicas" (como la encomienda y la mita) favorecieron la emergencia de unas capas medias que trajeron consigo un cambio de mentalidad y de actitudes. No debemos olvidar que estos fenómenos no se oponían al desenvolvimiento de la gran propiedad feudal y esclavista, limitada por las instituciones coloniales¹.

En España también se estaban operando importantes transformaciones sociales. La burguesía recobraba esforzadamente sus energías desgastadas por anteriores derrotas. Ella se infiltró en el seno de la administración formándose por lo mismo dos bandos principales. Sus planteos políticos se extienden lógicamente al papel que debían tener las colonias ultramarinas en el conjunto de la economía peninsular. Un grupo, el de la nobleza parasitaria, seguía aferrado a los criterios tradicionales; esta terquedad era apenas natural: el cambio de política implicaba la posesión de capitales de inversión. El grupo pro-burgués defendía el desarrollo de la agricultura colonial. Esta defensa fue teórica, ya que las duras realidades pusieron una serie diversa de obstáculos. Ante todo la carencia de capitales para perfeccionar el sistema de transporte con América y para elevar la productividad del trabajo y de la tierra en determinadas regiones. Igualmente, la burguesía española se tropezaba con el anacronismo institucional del colonialismo hispano, que promovía dificultades político-sociales tan graves como el levantamiento comunero de la Nueva Granada en 1781. En la práctica la burguesía española debía proseguir un camino sinuoso y pactar con los sectores ilustrados de la aristocracia. Este carácter conciliador —debido a su propia debilidad— le perjudicó para intentar cambios de fondo y a tiempo en las estructuras socio-económicas e iniciar con vigor un camino neocolo-

nialista. En verdad la burguesía hizo esfuerzos por modernizar la economía del Nuevo Reino; por ejemplo, las medidas progresistas de virreyes, como Flórez, Caballero y Góngora o Mendinueta coadyuvaron al desenvolvimiento de las fuerzas productivas, especialmente en el campo de la educación y la ciencia. En vano. El neocolonialismo a que aspiraron varios ideólogos de la burguesía era ya imposible, porque el capitalismo español poseía un nivel muy bajo. A pesar de los compromisos y las conciliaciones la clase burguesa estaba acorralada entre dos opciones: llevar a cabo una revolución social y económica completa, a fin de imponer la política colonial conforme a sus intereses, o llegar a un acuerdo, al que efectivamente llegó, y así limitar sus propias perspectivas.

El aspecto internacional (que se caracteriza por el triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo) complicaba la situación de la burguesía peninsular. Como la colonización de América había sido la gran empresa histórica de la nobleza castellana, las características de las economías ultramarinas no se adaptaban bien a los intereses manufactureros y agrícolas de la burguesía. La segunda mitad del siglo XVIII vivió agudas contradicciones entre los cultivos españoles de exportación y las tendencias a la exportación que se suscitaron en los medios americanos; lo mismo aconteció con las producciones manufactureras españolas y las artesanías coloniales. En este diferendo la administración colonial tuvo que apelar inexorablemente, sin distinción de grupos, a la única política posible, la de las restricciones tendientes a favorecer la parte europea en detrimento de la parte americana. Estas contradicciones aguzaban aún más el descontento, debilitaban a la burguesía, alejaban la oscilante perspectiva neocolonial e irritaban aquellos sectores criollos acomodados dispuestos a una transacción.

La imposibilidad de encontrar un camino intermedio se hizo aún más real cuando los criollos se dieron cuenta de que era viable otra clase de relaciones internacionales. El capitalismo había logrado constituir un mercado mundial con la consiguiente división internacional del trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas (que se expresa ante todo en el hecho del paso de la etapa manufacturera a la etapa industrial maquinizada) no cabía en los moldes de los antiguos estados nacionales; las empresas buscaban sus materias primas en otras latitudes y el desenvolvimiento de una nueva civilización configuraba en los mercados europeos patrones de compra y necesidades antes desconocidos. A modo de ejemplo tenemos las explotaciones algodoneras en el sur de los Estados Unidos o las plantaciones de árboles frutales y estimulantes en las Antillas y en el Lejano Oriente, las cuales complementaban los requerimientos industriales y las demandas de consumo de las Islas Británicas.

En un comienzo Inglaterra fue reticente y no se quiso comprometer a

fondo en el conflicto de España y sus colonias. Después, cuando las luchas del Ejército Libertador habían alcanzado triunfos promisorios, el Gobierno de Colombia logró del Gobierno británico algunos empréstitos a muy alto costo. El empréstito que el General Santander ordenó obtener por valor de 5 millones de Libras Esterlinas fue el comienzo de una cadena de endeudamientos que ata al país a los banqueros ingleses a lo largo de toda una centuria. Este es nuestro primer vínculo con el moderno capitalismo internacional. Las rentas del tabaco, los quintos de oro y la mitad de los ingresos aduaneros fueron pignorados como garantía a los banqueros ingleses. El Presidente Murillo Toro declaró en 1782 que el servicio de la deuda pública se elevaba al 33% de una anualidad fiscal. Por este tiempo la deuda pública había ascendido diez veces en comparación al monto que tenía cuarenta años atrás.

El desenvolvimiento efectivo de un renglón comercial no podía alcanzarse hasta tanto se realizaran en el país determinados cambios en su estructura socio-económica. La Independencia desalojó los competidores y adversarios españoles de muchas actividades lucrativas, pero ella misma no significó un aumento de la producción. Se formó una nueva clase de latifundistas sobre la ruina de muchos resguardos o en las heredades de antiguos propietarios desafectos a la causa de la libertad.

II.—LA DIVISION INTERNACIONAL DEL TRABAJO

El estanco de tabaco fue una renta colonial. En sus comienzos la República la aprovechó como ingreso de carácter fiscal. Poco a poco los espíritus más clarividentes de la época se percataron de que el país podría recibir un mayor beneficio facilitando las siembras al abolir el gravamen que pesaba sobre este renglón de la producción. El 16 de mayo de 1850, durante el Gobierno democrático del Presidente López, desapareció el impuesto al tabaco. Don Miguel Samper describe en términos muy brillantes el auge de la producción de tabaco. En seis años se produjo un movimiento sin precedentes en el territorio nacional. Una gran masa de jornaleros se desplazó a las cuencas del río Magdalena y sus afluentes; roturó tierras antes inaccesibles; sembró y cultivó la hoja; estableció un intenso tráfico comercial con la capital, la Costa Atlántica y el Oriente del país, e impulsó la navegación por el río Magdalena. Al propio tiempo se habilitaron determinadas regiones aledañas a las de los cultivos (la del Tolima, p. ej.) para otro género de actividades, en especial la de la ganadería. Estas cifras nos ayudan a comprender el notable crecimiento del nuevo producto: En 1834/35 la exportación fue de 18.400 pesos; en 1854/55 fue de 934.300; en 1868/69 fue de 3.019.931; en 1878/79 fue de 907.656; en 1890 vuelve el tabaco a

reaccionar de nuevo (1.820.757 pesos) para decaer en forma casi definitiva (1905: 404.095 pesos). A cargo del mercado europeo corrió el mayor volumen de la demanda. Colombia estaba ya involucrada en la división internacional del trabajo. Las compras inglesas ascendieron en 1854/55 a 462.870 pesos; las alemanas a 377.228; las estadounidenses a 82.446. En los años posteriores —según datos de Nieto Arteta²— los puertos alemanes (Bremen, Hamburgo, Altona) absorbieron una gran cantidad de las exportaciones de tabaco.

En 1878 Camacho Roldán constataba la tendencia a la ruina de este monocultivo. Las exportaciones no sirvieron para alcanzar una acumulación primitiva de capitales y, debido a la poquedad de las inversiones, se deterioró la calidad del producto. Los métodos de cultivo eran inadecuados. Otra razón que contribuyó a su ruina fue la desfavorable competencia en los mercados alemanes de la hoja de Sumatra y Java, más barata y de mejor calidad. La Unión Aduanera, creada por Bismarck, eleva los derechos de aduana y vincula entre sí las antes “ciudades libres” alemanas. Pero el factor decisivo radicó en la falta de capitalización; a la zona del Magdalena, de la que Ambalema era el epicentro de la tremenda actividad, la conmovió una auténtica fiebre de despilfarro, sobre todo entre los trabajadores. El dinero percibido por concepto de salarios no lo invirtieron en su mejorarse; lo malgastaron en forma improvidente. El comercio parasitario del alcohol fue el beneficiado. Los empresarios del tabaco soportaron grandes pérdidas en la fase de decadencia del cultivo. Repitémoslo con otras palabras: el factor decisivo para esa decadencia es el de la inexistencia de una base manufacturera nacional, que evitara un comercio exterior desfavorable y, por consiguiente, una genuina salida de capitales.

En 1853 los artesanos presionaron la aprobación de una ley protectora de los ramos de la manufactura y la artesanía existentes en el país. En el Congreso primó la concepción de los comerciantes del *free trade*. Este no fue el único episodio de la lucha entre estos dos sectores —ambos adscritos al partido liberal. El efímero Gobierno del General Melo, poco tiempo después, es otro; la caída de esta administración marca la declinación de la influencia de los manufactureros y artesanos y, en cierto modo, su ruina. Murillo Toro analiza así el proceso de descapitalización: “El oro producido en la República se exporta todo, porque en la Nueva Granada no hay desarrollo industrial necesario para que pueda aumentarse de una manera notable la necesidad del oro en la circulación”.

Inglaterra era el país que suministraba el mayor número de artículos a nuestros mercados. En 1838/39 las importaciones inglesas ascendieron a 2.181.137 pesos, las de Estados Unidos a 197.345; en 1839/40 ascendieron a 2.244.500 pesos las importaciones inglesas y a 228.012 las de Estados Unidos. Viene luego un gran descenso de ambos países, pero pronto se

recupera Inglaterra, que hasta 1870 mantiene una cifra que oscilaba en 1 millón y $\frac{1}{2}$ de pesos, aproximadamente; el segundo lugar lo ocupaba ahora Francia. En 1870/71 las importaciones inglesas suben a 3.304.029 pesos y Estados Unidos regresa a su segundo puesto con 611.835; en 1872/73 las cifras se distribuyen así: Inglaterra 5.777.552 y Francia 2.154.567; en 1889: Inglaterra 4.796.297 y Francia 2.453.214. Los renglones de importación tuvieron a lo largo de estos años un carácter eminentemente suntuario; naturalmente las listas de importaciones de la época no discriminan bienes de equipo industrial; los artículos que servían para incrementar el desarrollo de las fuerzas productivas en un sentido lato (libros, instrumentos de trabajo, etc.) ocupan un lugar muy secundario al lado de paños, telas, licores, calzado, papel o alimentos, todos estos consumos superfluos de las clases altas. De 1854 a 1889 por lo menos se pueden calcular las importaciones suntuarias en un 80% y a veces más. No es de extrañar que Inglaterra y Francia hubieran sido, luego de España, las naciones influyentes desde el punto de vista cultural.

Esta composición de las importaciones en función de las pautas de consumo de la aristocracia feudal y de unos comerciantes ennoblecidos —gentes sin nexos concretos y objetivos con el resto de la Nación— fue la predominante en el siglo pasado y parcialmente lo ha sido en el presente. Es claro que esta utilización improductiva de la renta producida por las exportaciones no coadyuva a la forja de una mentalidad capitalista, austera y emprendedora, indispensable para la acumulación primitiva, como lo demuestra la ya clásica obra de Marx Weber; ella estimula más bien el despilfarro y la ociosidad de los grandes señores. Un régimen como el que comenzó con la Regeneración era la superestructura política adecuada a este orden de cosas.

Pese a algunos amagos reformistas, la forma tradicional de la tenencia de la tierra no se modificó durante los regímenes liberales de la segunda mitad del siglo XIX. Esta persistencia de la estructura agraria, en cuanto hace referencia a las relaciones de producción y al tipo de apropiación, fue una causa contrapuesta al progreso de una economía mercantil y manufacturera (supuesto de un eventual desenvolvimiento capitalista). El famoso decreto sobre desamortización de bienes de manos muertas, que tendía a descargar pesadas restricciones que gravitaban sobre la tierra y a ponerla en circulación (y así convertirla en mercancía), es la mejor expresión de la pugna entre la burguesía y los grandes terratenientes. (Las comunidades religiosas habían acumulado $\frac{1}{3}$ parte de la propiedad raíz de la República). Rafael Núñez, reformador progresista en esa época, declaró taxativamente que con la desamortización se pensaba resolver “el arduo e inmenso problema de la propiedad”. Se resolvió sí, pero a favor de nuevos grupos de latifundistas. (Hay historiadores que critican esta me-

dida de colocar la tierra en el circuito de las mercancías alegando que con ella se perjudicó a la pobreza y se creó una nueva casta de señores feudales. Esta es una verdad a medias, porque lo malo no fue la medida en sí misma, sino la falta de complemento con otras que hubieran impedido el resultado a que se llegó. El Estado de esa época era incompetente para acometer una tan amplia tarea). Aparece un proceso de violencia similar a varios de los que después la historia oficial llamó guerra civil. Debido a la casi crónica debilidad de las fuerzas burguesas, éstas han sido incapaces de imponer cambios decisivos y durables en los diversos órdenes, de asegurar su predominio y de impedir la contrarrevolución. Se expropiaron los latifundios de la Iglesia y se dio movilidad a la propiedad raíz en la aspiración de que esta fuera redistribuida en una numerosa cifra de campesinos. Esta y otras medidas de los sectores de la burguesía, que habían logrado llegar al poder aprovechando favorables condiciones nacionales e internacionales, no alcanzaron a ser lo suficientemente radicales, ni bien intencionadas. Hasta 1886, año en que una coalición de derecha (liberales y conservadores) llegó al Gobierno, hubo un período de desequilibrio institucional. De esa fecha hasta el fin del siglo la represión tuvo como resultado 170.000 muertos, uno por cada 20 habitantes, tomando en consideración la población de la época (3.500.000 almas). Tal fue el resultado de esta formidable y atroz etapa de violencia. En la década de 1870-1880 se emitieron títulos de concesión territorial sobre 3.3 millones de hectáreas. De ellas solamente un 8% fue dado a los campesinos; el resto se lo distribuyeron los latifundistas, es decir, el 92%. Pero eso fue poco comparado con lo que sucedió después del triunfo de la llamada Regeneración. Entre 1885 y 1895 se adjudicaron entre los validos del régimen 4.6 millones de hectáreas. Y a comienzos del presente siglo, por méritos de guerra, por compra de títulos de deuda pública o por otros conceptos, se hicieron muchos señores feudales o se fortalecieron otros con el suculento manjar de 10 millones de hectáreas.

* * *

Algunos autores declaran que una tradición no apoyada en documentos fehacientes señala al cura Párroco de la aldea venezolana de Chacao, el doctor José Antonio García de Mohedano, como el iniciador de los cultivos de café en el extremo norte de Suramérica³. Armando Samper⁴ asegura que en Norte de Santander había plantaciones en 1723 y en la región caucana en 1732. Además discrimina una tercera zona, un poco más tardía (alrededor de 1750), en la región de Santa Marta.

Solo hasta la independencia comenzó el café a ser cultivado comercialmente en Salazar de Las Palmas y en Cúcuta. La Ley 28 de 1821

—dictada en plena efervescencia reformista de los próceres— protegía la naciente industria, y, por lo tanto, prohibió la importación del café, el añil, el cacao y el azúcar. Pero para que el café llegara a tomar incremento apreciable en el conjunto de la economía debían pasar muchos decenios. Nicolás Sáenz⁵ constató a fines del siglo XIX que hacía a lo menos cuarenta años que por Cúcuta se exportaban pequeñas cantidades del grano. En 1835 la producción era de 2.592 sacos. En 1870 —según el señor Sáenz— salieron por Cúcuta 10 millones de kilogramos y por Sabanilla y el Pacífico otros 10 millones, es decir, un gran total de cuatrocientos mil quintales. Este notable avance no es de extrañar y a él contribuyeron diversos factores, que luego vamos a reseñar. En 1850, por ejemplo, ya se cultivaba en la región de Cundinamarca. En 1856 don José Manuel Restrepo afirmaba en palabras muy justamente citadas: “La República de Costa Rica aumenta diariamente su riqueza y prosperidad por el cultivo de este grano. No hay duda que esto ocurriría también en Nueva Granada”. Y entra a señalar de modo somero algunos aspectos favorables a tan halagadoras perspectivas: “La mayor parte de nuestras provincias carecen de productos de exportación. En ciertas regiones altas de nuestras cordilleras, donde el clima es templado, no hay frutos de valor cultivados. El café podrá llenar este vacío, porque él produce excelentes cosechas y se vende a buenos precios”.

La primera plantación importante fue la del “Tablazo”, en Rionegro (Antioquia), animada por José María Jaramillo, quien sembró 2.000 matas. El señor Jaramillo fue hombre de gran visión económica, y en 1874 escribió al señor Francisco J. Cisneros sobre lo que la exportación cafetera podría ser como eventual carga del Ferrocarril de Antioquia. Cisneros, en su informe a los presuntos accionistas de dicha vía férrea, describió así el estado de los cultivos cafeteros en Antioquia: existen 328.000 arbustos, mil por cada hectárea; hay plantaciones particulares de más de 10.000 matas (por ejemplo en Yolombó, Yarumal, Copacabana, Medellín, Titiribí, Concordia). Las vertientes orientales del complejo montañoso antioqueño se poblaron aún más: la combinación del café y los ferrocarriles era extremadamente sugestiva. En 1881 la Asamblea de Antioquia, en forma audaz y previsor a un mismo tiempo, ordenó decisivos estímulos a la actividad cafetera, la que había decaído por la crisis en el mercado mundial. El señor Mariano Ospina Rodríguez puntualizó otros aspectos favorables de esta actividad, con el fin de estimular su adelanto. “Pocos frutos se prestan como el café al cultivo en grande y en pequeño —sostuvo—. Si el primero es provechoso, el segundo es mucho más. Cada labrador, sin aumentar sensiblemente el trabajo que exigen de él los cultivos del maíz y de la yuca, puede convertir una parte de su campo en un cafetal, procediendo gradualmente. El poner pequeños semilleros o almácigos, que un niño puede asistir y mantener limpios, no le costará nada. Todo el sacri-

ficio que tendrá que hacer será el costo de 105 hoyos y sembrar el café, al hacer la siembra de la yuca o del maíz; los desyerbos que estas plantas exigen bastarán al café. Repitiendo el cultivo del mismo campo con esas plantas, a los tres años el campo se habrá convertido en un cafetal que empieza a producir. Una, dos o tres hectáreas de cafetal le darán una renta, que el cultivo del maíz y la yuca no le daría jamás”⁶. El señor Ospina estableció, en unión con los hermanos Julián y Eduardo Vásquez, el sistema de las grandes haciendas cafeteras en los declives volcánicos de Cerro Bravo, en Fredonia. Esta nueva modalidad de la explotación fue exitosa en la región: en 1886 la producción municipal era de 13.000 arrobas sobre el promedio de 2.000 del resto de los Municipios⁷.

III.—EL CAFE Y EL PROGRESO DEL PAIS

Los efectos del café sobre el desarrollo económico propiamente dicho han sido descritos por Luis E. Nieto Arteta⁸. Un país con un bajo nivel de fuerzas productivas, en donde las inversiones capitalistas eran muy poco probables por carencia de acumulación y por falta de un personal adecuado para adelantar una tarea de esta índole, un país que acababa de vivir una serie de crisis sucesivas en los cultivos de exportación, a más de trastornos políticos y militares sin cuento, no podía evidentemente buscar sus soluciones sino adaptándose a varias realidades insoslayables. 1) La de los grandes latifundistas. 2) La economía de exportación debía basarse en la pequeña propiedad, en tierras de vertiente, quebradas, y a las cuales no podían aspirar más que las masas campesinas. 3) Sus cultivos tenían que adecuarse a los recursos, muy escasos, de esas masas. El café reúne todas estas condiciones. (Como habrá de verse, estos factores internos no fueron los únicos que obraron para que se desarrollara una economía cafetera; hubo igualmente factores internacionales de eficacia por lo menos tan definitiva como la de los ya reseñados). Por eso dice Nieto Arteta: “Solo hay un producto que se puede cultivar en forma lucrativa en las vertientes andinas”. Este es el café.

El café obró en una serie muy importante de aspectos de la economía: valorizó ciertas tierras; amplió el número de los trabajadores no dedicados al simple cultivo de consumo; obró positivamente sobre los transportes; formó una baja pequeña burguesía agraria, satisfaciendo en cierto modo las ansias de reforma de la tierra acariciadas por los campesinos pobres.

El café crea una extensa red de comunicaciones que vincula distintas zonas del país. Durante la época colonial el Virreinato se dividía en circuitos económicos netamente localizados. La parte oriental reunía dos tipos diferentes de explotación agraria: los pequeños fundos, trabajados por colonos y campesinos pobres y medios; y las grandes fincas ganaderas,

las enormes sementeras o las explotaciones de caña dulce, en donde predominaban relaciones de producción feudales o semiesclavistas. Al lado de estas formas de tenencia de la tierra y de actividad agrícola, cuya función no se redujo a la del simple cultivo de subsistencia, sobre todo en el siglo XVIII, sino que ya producía para un pequeño mercado, tenemos los resguardos indígenas. La parte occidental, basada en relaciones esclavistas de producción, combinaba una economía de exportación de metales preciosos con las grandes heredades agrícolas y ganaderas. Al norte las zonas de Cartagena y Santa Marta cumplían el papel de centros de intercambio comercial; por allí salían los artículos de exportación a la península; por allí venían al país sus funcionarios públicos. El aislamiento de estos círculos económicos era muy pronunciado. Durante la fase republicana, la era del tabaco vinculó el bajo Magdalena al Oriente y al Tolima, y regularizó la navegación por el río Magdalena. Este aporte de la era del tabaco fue aprovechado por el café; pero éste hizo aún más, ya que consolidó definitivamente la señalada navegación, la impulsó y le dio una mayor intensidad. La construcción de los ferrocarriles también fue estimulada por el tráfico cafetero. Estos ferrocarriles desembocaban en puertos ubicados a orillas del Magdalena y los ataban a florecientes ciudades del interior: de Bogotá a Puerto Salgar; de Medellín a Puerto Berrío; de Bucaramanga a Puerto Wilches; de Bogotá a Girardot. El Occidente —al menos Antioquia, Caldas y el norte del Valle del Cauca— se liga al Tolima y al Oriente del país. Y todas estas zonas tienden lazos con la costa norte de Colombia. Se crea un mercado interno aún más amplio que cualquiera de los que existieron con anterioridad. (Sin embargo, nos parece un poco exagerada la tesis de Nieto Arteta, según la cual “el café ha sido el creador de una auténtica economía nacional”. Veremos las razones para nuestra discrepancia. Por ahora podemos decir que los límites del mercado interno organizado por el café han sido insuficientes para servir de sustento a una genuina economía nacional. Estos límites hoy en día obstruyen las perspectivas de una expansión industrial y son incapaces de darle solución al problema del crecimiento demográfico).

Las empresas foráneas que se instalan en Colombia después de la Primera Guerra Mundial fueron de extracción (petróleo, minería, etc.) o de explotación agrícola (banano). Estos factores aceleraron el proceso de construcción de vías férreas.

El Puerto de Buenaventura, sobre el Océano Pacífico, desde donde se puede llevar a cabo fácilmente el comercio con la Costa Occidental de Estados Unidos, fue tomando más importancia. De junio de 1949 a junio de 1950 el movimiento de café a lo largo del río Magdalena (hacia Barranquilla) fue de 1.197.755 sacos de 60 kilos; en cambio en la vía del Pacífico fue de 3.075.150 sacos de 60 kilos.

DISTRIBUCION DE LAS VIAS DE COMUNICACIONES
A MEDIADOS DEL SIGLO XX

Departamentos	Carreteras (en % del total del país)	Ferrocarriles
Antioquia	10.7	11.1
Caldas	10.0	12.3
Cundinamarca	10.6	19.3
Tolima	12.2	10.3
Valle	8.4	13.6
Boyacá	6.5	5.8
Caldas	4.5	3.8
Huila	4.0	2.3
Magdalena	6.7	3.1
Nariño	4.8	3.4
Norte de Santander	5.5	2.0
Santander	8.0	5.3

En Atlántico, Bolívar, Córdoba, Chocó, Arauca, Caquetá, la Guajira, Meta, San Andrés y Providencia, Amazonas, Vaupés y Vichada el porcentaje de ferrocarriles es pequeño; lo mismo en el caso de las carreteras.

Evidentemente, no sólo el café ha suscitado esta cohesión de gentes, de ciudades, de medios de transporte. Nuestra industria funciona también acá mismo y una zona petrolera importante es la hoya del Magdalena. Pero el café ha sido un factor de primer orden en este proceso.

El café ha contribuido a nuestro equipamiento industrial. Con parte del valor de sus exportaciones se ha conseguido financiar la importación de bienes de producción para empresas de artículos de consumo corriente. Naturalmente esta no fue la única utilización de los beneficios dejados por el café; la mentalidad de gasto y despilfarro inclinó la balanza hacia las importaciones de bienes de consumo. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas, el crecimiento de nuevos sectores sociales, el establecimiento de industrias extranjeras, etc., modificó la actitud de algunos círculos colombianos. Poco a poco van surgiendo las fábricas, que, según Nieto Arteta, “son el abandono del improductivo consumo de la renta nacional creada por el café”⁸.

IV.—EL CAFE Y EL PAIS COLOMBIANO

El café es un producto típicamente tropical. Su temperatura de cultivo (para el café árabe, la variedad de la cual vamos a ocuparnos en especial) oscila entre los 15 y los 27 grados centígrados, aun cuando existen especies (verbi gracia el café de Liberia) que necesitan una un poco mayor. El suelo requiere una cierta profundidad, pero en general sus condiciones

pueden ser relativamente modestas, ya que le bastan pequeñas cantidades de nitrógeno, fosfato, potasa y cal. Crece incluso sobre tierras estériles o con sedimentos volcánicos. No son indispensables para el cuidado de la mata atenciones especiales ni conocimientos técnicos, y su período de crecimiento oscila entre 5 y 6 años. En la época de su florecimiento el tiempo debe ser seco (como en São Paulo), mientras que en el tiempo de recolección debe ser húmedo y lluvioso (como en Centroamérica), lo cual sirve para acelerar el proceso de preparación. Estas condiciones se dan también en Colombia.

Por otra parte, las calidades del suelo en las secciones central y oriental del país son muy favorables al cultivo cafetero. Entre los 900 y los 1.700 metros, en la zona montañosa, crecen los cafetales con la temperatura adecuada. El volumen de aguas es abundante, lo cual hace posible que el país ofrezca café lavado al mercado mundial.

Ahora bien, ¿en qué medida las condiciones climáticas, geográficas, botánicas, en una palabra, naturales, descritas atrás y que vamos a describir, todas ellas favorables, actúan sobre nuestra economía? Observemos esta incidencia más de cerca, tomando como caso el cuidado y la recolección del café.

Entre las especies cafeteras sin duda la de calidad, sabor y aroma mejores es la *Coffea Arabica*, la cual se extiende con gran facilidad. Alrededor del 80% de las matas de Colombia pertenecen a esta variedad. El café árabe tiene, asimismo, otra característica: la de su forma de recolección. Inmediatamente después de que maduran los frutos, éstos comienzan a caer al suelo; no sucede como con otras especies (*Liberia* o *Robusta*), cuyos frutos permanecen adheridos por un tiempo más o menos largo. A esta circunstancia se añade que en una plantación no todas las matas maduran al mismo tiempo, ya que su maduración es intermitente y se necesitan, en consecuencia, frecuentes recolecciones; de no ser así, es evidente que los frutos podrían perderse o tendrían que recolectarse conjuntamente verdes y maduros, lo que iría en detrimento de la calidad del producto. Se requiere, teóricamente hablando, un modo de recolección en que se encuentren siempre listos varios equipos de trabajadores que puedan desgranar continuamente las matas, procedimiento muy costoso. Las parcelas y minifundios que se dedican al café se hallan, naturalmente, supervigilados por el pequeño propietario y su familia; al cuidado de sus cafetos le pueden ellos dedicar la mayor parte de su tiempo. Esta muy barata y eficaz vigilancia se da también en las regiones en que predominan las grandes haciendas. El gran propietario da al aparcerero un pedazo de tierra con la obligación del pago de un arrendamiento en especie o en trabajo (varios días a la semana de actividad en las extensiones cafeteras del patrón). La integración entre cuidado y recolección del café y minifundio, se presenta

entre cuidado y recolección de café y latifundio: el grano puede salir bien de la hacienda, bien del trozo de tierra arrendado —y en el último de los casos no es extraño que el patrón compre a precios ínfimos la cosecha a sus diversos aparceros.

La condición semifeudal de Colombia pudo admitir —o mejor: se acopla— no solo lo específico de la producción cafetera, sino, además, lo específico de la variedad de café a que nos referimos. Existe una relación dialéctica entre la fatalidad natural de los ciclos de los cultivos, las condiciones climáticas que éstos exigen, la composición del suelo que requieren para fructificar, las peculiaridades de la *Coffea Arabica*, y el tipo de sociedad en que todos esos datos vinieron a “prender”, a tomar fuerza y convertirse así en la palanca central de nuestro comercio exterior.

El tiempo de mayor actividad después de la cosecha es la etapa de preparación del café. Hay dos métodos: el de la preparación seca y el de la mojada. El primero consiste en exponer el fruto al sol para que se seque; este procedimiento, el más primitivo, no es conveniente del todo, ya que la calidad del grano, su aroma, etc., tiende a desmejorar. En Colombia se encuentra extendido en la zona Oriental. El segundo es el más generalizado; se compone de varios períodos (quitar la pulpa, la fermentación y el lavado con el objeto de dejar completamente libre la pepa del fruto, el secado, la pela), por lo cual aumenta la necesidad de jornaleros. Se requiere, por consiguiente, que exista una mano de obra disponible, desocupada, de reserva. Ya muchos estudiosos colombianos han indicado que esta es una de las razones del éxodo periódico de minifundistas y campesinos de una región del país a otra, en la cual predomina el cultivo cafetero. Esta necesidad de brazos ayuda a aclarar el “misterio” del aumento de la población colombiana⁹. Además es interesante señalar que en la zona cafetera del país, su parte central y montañosa, está concentrado más del 70% de dicha población, y que poco a poco en el corazón mismo de los centros de cultivo han surgido, alimentadas por el comercio del grano, grandes ciudades cafeteras.

Las características mismas del cultivo del café encajan perfectamente dentro de la estructura semifeudal del campo colombiano, manteniendo la polaridad latifundio-minifundio. Además el café vincula la economía natural del minifundio a las necesidades de exportación del país. El minifundista cosecha pensando no solo en las exigencias del autoabastecimiento, sino en la demanda del mercado, del cual él mismo comienza a depender, y cuyas oscilaciones indudablemente que tendrá que sentir. La economía natural del pequeño productor agrícola se halla, de este modo, entrelazada a las grandes leyes del comercio capitalista, y sin haber avanzado un ápice en el desarrollo de la técnica, o de los conocimientos, sin haber gozado de las renovaciones de la sociedad burguesa, aprisionado den-

tro de un modo de producción de riqueza precapitalista y retrógrado, su nivel de subsistencia y el de su familia se encuentran íntimamente condicionados por la división del trabajo internacional creada por la industrialización de las grandes potencias. “La industria del café es, por consiguiente, un segmento especializado del minifundio”¹⁰.

V.—LAS RELACIONES DE PRODUCCION EN EL CULTIVO DEL CAFE

Más de 200.000 familias campesinas cultivan 700.000 hectáreas. El promedio de cada pequeña finca es de 3.2 hectáreas. Como en seguida veremos, el cultivo cafetero abarca fincas de dimensiones muy variadas. Sin embargo, el grupo predominante es el de la finca de 1 a 10 hectáreas¹¹. “La importancia relativa de los varios grupos de dimensión en términos de área cultivada difiere en cada caso entre las regiones (de Colombia F. P.), pero puede decirse que las plantaciones muy grandes no constituyen en modo alguno una parte mayor del cultivo cafetero”. Si observamos la proporción de minifundio y gran propiedad en cada uno de los Departamentos, podemos sacar la conclusión de que la cifra de los pequeños cultivos cafeteros es mayor en los más atrasados del país, y disminuye para dejar el paso a fincas de extensión mucho mayor, en los más avanzados en relación con los anteriores. El cuadro estadístico que transcribiremos más adelante demuestra que las propiedades de una hectárea son muy extendidas en Boyacá, Cauca y Nariño, en donde prevalecen prácticas primitivas de cultivo.

La mayor parte del cultivo cafetero se encuentra colocado en la región andina y una de las razones fundamentales de esta concentración es la de que las condiciones climáticas, el suelo y la temperatura son muy favorables al *Coffea Arabica*. Rodeando la zona oscura del grano están las inmensas extensiones verdes de las llanuras ganaderas del Oriente del país, del Magdalena, de Córdoba, etc., cubiertas de grandes propiedades. Plantaciones cafeteras de más de cincuenta hectáreas están colocadas en Cundinamarca, Magdalena y Nariño, las cuales abarcan el 29% del total de la superficie correspondiente. Los minifundios constituyen el 63% de la tierra cafetera. Sin embargo, un grupo de mediana propiedad se ha ido desarrollando, sobre todo en los Departamentos de alto nivel de productividad, como Caldas, Antioquia, Valle y Tolima, en los cuales el promedio de hectáreas por finca oscila entre diez y cincuenta. En estas regiones se produce el 30% de la producción nacional cafetera.

Este estado de cosas contrasta con el de El Salvador, en donde el 43% del área cultivada está compuesta por propiedades mayores de 50 hectáreas.

% DE LA PRODUCCION DE CAFE

Promedio de superficie	De más de 1 H.	1 a 10	10 a 50	50 en adelante
Antioquia	6	48	40	6
Bolívar	28	58	14	—
Caldas	4	57	32	7
Cauca	17	75	8	—
Cundinamarca	6	49	16	27
Huila	10	78	12	—
Magdalena	2	26	44	28
Nariño	18	42	13	27
Norte de Santander	2	58	31	9
Santander	13	44	43	—
Tolima	3	64	29	4
Valle	4	61	32	3
Colombia	6	57	29	8 ¹²

El café es un cultivo de pequeña propiedad desde el siglo XIX. Según Currie, “gran parte de los cafetales son pequeños; el 87% tiene menos de 5.000 árboles y el promedio es cercano de 3.000; cultivados en más o menos tres hectáreas, con tierra adicional para la subsistencia”¹³. Desde este punto de vista los pequeños caficultores no son sino una variedad del minifundismo, y debido a la extorsión a que los han sometido tradicionalmente los intermediarios y exportadores, su nivel no es considerablemente más elevado que el del resto de los pequeños campesinos. Esto no impide que haya, por otro lado, un pequeño número de fincas que concentren una gran parte de la producción. La mitad de los cafetos se encuentran solo en el 13% de las fincas. (Los datos anteriores fueron publicados en 1933 por la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia).

Las relaciones de producción que predominan en las regiones cafeteras son de índole semifeudal¹⁴. Mezclan la aparcería, el arrendamiento y el jornal. Los pagos de arrendamiento en especies se practican en 73.097 hectáreas. Los Departamentos cafeteros tienen una gran participación en esta cifra. Tolima, 18.173 hectáreas; Antioquia, 12.500; Cundinamarca, 5.190; Caldas, 4.958. El pago de arrendamiento combinado en especie-dinero es muy grande en Caldas: 4.550 hectáreas, sobre un total para el país de 26.202, involucradas en este tipo de pago. Caldas tiene una cifra muy importante en materia de aparcería, el 17% del total de la que existe en el país, es decir, 195.582 hectáreas sobre el gran total de 1.104.553. Santander, 186.039 hectáreas; Norte de Santander, 148.367; Valle del Cauca, 105.576; Antioquia, 103.895.

Es muy llamativo que, a pesar de los datos anteriores, la mayor productividad económica se obtiene en las fincas pequeñas:

<i>Extensión</i>	<i>Rendimiento anual</i> Arrobas
Fincas de ½ hectárea	38
Fincas de 3 y ½ hectáreas	42
Fincas de 17 y ½ hectáreas	44
Fincas de 61 hectáreas	40
Fincas de 122 hectáreas	36
Fincas de más de 200 hectáreas	18 ¹⁵

La tendencia hacia una concentración de la tierra en el renglón cafetero es creciente e inocultable. Evidentemente esta concentración tiene sus límites, ya que en su perjuicio obran factores contrarrestantes. No obstante, puede considerarse como una tendencia desfavorable desde el punto de vista del desenvolvimiento de nuevas relaciones de producción, porque ella tiende a engrosar el número de latifundios y grandes propiedades existentes hoy en el país, coadyuvando al fortalecimiento de una clase semi-feudal, la que, como se puede demostrar con abundancia de pruebas, es un fortísimo obstáculo para nuestro desarrollo económico.

1932: De 164.000 fincas censadas, el 87% tenía menos de 5 hectáreas y reunía el 49% de los cafetos. El 13% de los propietarios controlaba el 51% de la producción cafetera.

1956: El 38% de la producción total se originaba en el 5.6% de las fincas. El 71% de las fincas de menos de 10 hectáreas poseía el 6.88% de la superficie plantada. El 0.88% de las fincas, el 40.24% de la superficie plantada¹⁶.

VI.—LOS FACTORES EXTERNOS Y EL MONOCULTIVO

Durante la primera mitad del siglo pasado la atención del capitalismo internacional comenzó a deslizarse hacia América Latina. Hubo un relativo cambio en las zonas de cultivo como resultado de una transformación más radical: el ascenso del imperio inglés fundado en una gran base industrial. A este respecto podemos repetir que “el veloz crecimiento del cultivo cafetero en el Nuevo Mundo no dependió únicamente del favor del clima, del suelo y la posición geográfica, sino, también, de la actividad de los poderes coloniales europeos”¹⁷.

En 1808 el Brasil exportó sus primeros 32 sacos de 75 kilos, y ya a mediados de siglo se encontraba a la cabeza de los países cultivadores. Mientras el Brasil ha mantenido —en medio de grandes crisis— su privilegiada jerarquía, la colocación en la tabla general de los productores ha variado para otras naciones latinoamericanas; después de haber sido el café, como en los casos de Cuba, Haití, Puerto Rico, Venezuela, el artículo o uno de los artículos fundamentales de su exportación, han dejado estos y otros

países su lugar a nuevos competidores, como Colombia y algunas naciones de América Central. Esta que podríamos llamar “circulación de países” en el mercado mundial no obedece a ninguna predeterminación de la raza o la geografía; nos topamos acá con aquella “actividad de los poderes coloniales”. Fue la que, en definitiva, “decidió” en qué momento la producción colombiana debía acrecentarse y el país debía, asimismo, dejar atrás monocultivos menos rentables, tomar la ruta del café.

A mediados del siglo XVIII se inició el cultivo en Cuba, la producción se fue propagando presionada por las exigencias de Europa. Su población creció, en el lapso de 50 años, diez veces. Fue 1835 el año de máximo nivel en la exportación. Sin embargo, los factores adversos comenzaron a conspirar contra el café. Un huracán, en 1846, destruyó la casi totalidad de los cultivos en la sección occidental del país. Al propio tiempo la necesidad de azúcar en los Estados Unidos fue determinando la sustitución de los cultivos. La fertilidad sin par del suelo cubano, la enorme disponibilidad de brazos a costo mínimo, la facilidad de transporte ultramarino, infundieron ánimos a la inversión, la que prometía —como efectivamente lo fue— ser muy lucrativa. De esa época en adelante no dejó de expandirse el capital norteamericano en la isla: hoteles, vías férreas, puertos, etc., o sea, todas las facilidades necesarias para la exportación del azúcar (y en menor medida del tabaco), cuyo valor en 1914 ascendió a 350 millones de dólares (las inversiones en azúcar sumaban 750 y 50 las de tabaco). Es cierto: “el National City Bank, como soberano económico de la isla, apenas si tomaba en cuenta el café”¹⁸. En Jamaica operose idéntico proceso bajo la dirección, no del Tío Sam, sino de John Bull. “El retroceso de la curva de la producción jamaicana desde el final del siglo XIX se debió esencialmente a la acción de las inversiones inglesas” en banano, coco, naranja, caña de azúcar y cacao¹⁹. Hasta la presente centuria fue Puerto Rico, también, un buen productor de café. Al oeste y al centro de la isla tomaron incremento los cultivos, en especial debido al consumo cubano y español; 1899 fue el año de mayor producción, nunca después alcanzada. La guerra hispanoamericana y un huracán de 1899 “perjudicaron” las plantaciones; pero el hecho decisivo, acá como en todas las Indias Occidentales, fue la penetración extranjera (aquí en Puerto Rico la de la United Fruit Company). El caso de las Antillas Menores repite la historia: los insucesos climáticos enmarcáronse en una progresiva prevalencia de otros monocultivos dirigidos, controlados y utilizados por los grandes capitales europeos (ingleses y franceses, sobre todo). El café venezolano tuvo importancia hasta la segunda década del presente siglo, cuando la industria extractiva extranjera, en el ramo del petróleo, conmovió las estructuras tradicionales del país, precipitando la ruina del café y de otras zonas de la agricultura del país.

Las coyunturas del mercado fueron, pues, favorables a Colombia.

Los mercados exteriores, que intentaban contrarrestar las medidas monopolísticas tendientes a la valorización del producto por parte del Gobierno del Brasil, estimulaban y fomentaban el café colombiano²⁰. “La situación mejoró (...) habló para Colombia (...) país que pudo exportar, en 1925, alrededor del 85% de su producción a la Unión Americana”, dice Eickmeyer en su libro ya citado. El Gobierno colombiano adoptó por esa época una política de libertad de exportación, de fomento compulsivo del monocultivo, reflejando con ello —y coadyuvando también— la tendencia a la expansión que experimentaba la economía nacional. Fue no simplemente por el sabor y el aroma especiales de nuestro café que pudimos venderlo y que fuimos así entrando en el túnel del monocultivo.

EXPORTACION DE COLOMBIA: PERIODO 1850 — 1927

(En toneladas)					
1850	...	313	1910	...	34.250
1860	...	750	1915	...	67.696
1870	...	2.188	1920	...	86.620
1880	...	5.000	1922	...	105.869
1890	...	11.250	1924	...	132.954
1900	...	21.625	1926	...	147.255
1905	...	32.500	1927	...	152.000
			1929	...	170.147

PARTICIPACION DE COLOMBIA EN LA COSECHA MUNDIAL²¹

1905	...	2.99%	1925	...	8.99%
1910	...	3.35%			
1915	...	5.19%	1930	...	12.10%
1920	...	7.61%	1933	...	14.57%

(Las cifras correspondientes a la exportación nos muestran el crecimiento de la producción en términos absolutos; el segundo cuadro, en términos relativos, o sea, comparativamente considerada la producción con la relación a la de los demás países).

Veamos en detalle cómo evolucionó, en el período antes mencionado, el consumo del café en el mercado norteamericano:

CONSUMO DE CAFE EN LOS ESTADOS UNIDOS

(Kilogramos per capita)			
1866	2	1908	4½
1870	2½	1910	4.4
1875	3	1912	4.4
1880	4	1914	4½
1885	4½	1916	5
1890	3½	1918	4½
1895	4.1	1920	5.9
1900	4½	1922	4½
1902	6	1924	5
1904	5.3	1926	5.3
1906	4½	1928	5

Como es apenas natural, Colombia se integra a este sistema comercial y el monto de nuestras ventas cafeteras al "Coloso del Norte" aumenta paulatinamente. Asegura Hincapié: "En 1925 comenzó en el mundo el crecimiento de los cultivos cafeteros que, más tarde, irían a causar una superproducción desastrosa. De otro lado, en 1927 ya el café representaba para Colombia el 65% de sus exportaciones, el país sufría inflación y la industria cafetera tambaleaba, por lo cual los expertos proponían fórmulas que no lograban crear ambiente por faltarles un gremio unido que las respaldara" ²².

EXPORTACIONES COLOMBIANAS DE CAFE

Años	Valor total (Miles US\$)
1941	50.438
1942	82.559
1943	100.604
1944	94.328
1945	104.548
1946	156.687
1947	196.497
1948	225.211
1949	242.276
1950	308.351
1951	356.207
1952	379.881
1953	492.240
1954	550.152 ²³

Unos años antes don Manuel Mejía expresó un optimista criterio ampliamente extendido en los círculos de los cuales fue un notable vocero: "El avance logrado en el decenio es de 2.509.590 sacos, que equivale al 90%, es decir, casi doblaba nuestra exportación. Podemos asegurar, sin riesgo de error, que ninguno de los países concurrentes ha podido mantener la curva de avance continuo y progresivo sostenida por Colombia" ²⁴. ¿Había razones fundadas para este optimismo? Los hechos posteriores a 1954 no parecen asegurar este enfoque del problema cafetero.

* * *

Las pequeñas necesidades del consumo cafetero en el mundo durante los siglos XVI y XVII fueron cubiertas por Arabia. La historia del comercio de esta mercancía, considerando los países productores y el campo de consumo, se puede dividir en los siguientes períodos ²⁵:

1. De 1790 a 1830 la oferta mundial procedía en su gran mayoría de Java, y en cuanto a América, Cuba y Santo Domingo ocupaban en ella una proporción. (Ya en 1712 llegó a Amsterdam la primera exportación de Java). La empresa monopolista de la época era la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que poseía grandes plantaciones. Sin embargo, esta Compañía tenía como su centro principal no a Amsterdam sino a Londres, y no en razón del consumo inglés, sino porque Inglaterra financiaba con sus capitales el comercio cafetero mundial.

De 1790 a 1799 la oferta se mantuvo por debajo de la demanda y los precios subieron: se animó el comercio y crecieron las inversiones. De 1800 a 1813 el mercado se contrajo y descendió la relación entre la oferta y las ventas, en disfavor de las últimas. La guerra napoleónica contra Inglaterra impidió la expansión del comercio cafetero y ocasionó una gran escasez en el Continente "mientras allí (en Inglaterra. F. P.) grandes existencias se acumularon" (H. Roth). Entre 1814 y 1817 se equilibró de nuevo la relación entre producción y consumo. Fue este período de actividad en la economía, superada la estrechez producida por la guerra. En Hamburgo creció el valor del café de un 50 a un 100%. "Inglaterra, que salió de la guerra contra Napoleón aún más rica que antes, pudo dar créditos baratos y maquinaria para el cultivo de nuevas plantaciones. El comercio de esclavos se desarrolló hasta el máximo" ²⁶. Las plantaciones en Cuba, Puerto Rico, Brasil, Venezuela y, por supuesto en Java, crecieron. Hacia 1824 comenzaron a presentarse los indicios de una nueva superproducción. Esta cubrió el lapso 1824-1830. La producción avanzó difícilmente, pero los precios cayeron. Estaba obrando sobre el mercado cafetero la crisis de superproducción capitalista de 1825.

2. De 1830 a 1869 el café de Java ocupa $\frac{1}{3}$ de la producción mundial; el desarrollo del café en América continúa. Las exigencias del mercado europeo ascienden, dado el crecimiento capitalista.

En el lapso 1830-1848 alternaron el equilibrio y la superproducción. En este último año se acumulaban en Europa 1.279.000 quintales de café. El subsiguiente lapso (1849-1859) fue de una nueva recuperación de la normalidad. Por otra parte, la participación de los Estados Unidos en la compra mundial ascendió a las $\frac{2}{5}$ partes de la producción total. Estas oscilaciones del comercio cafetero no eran sino una de las expresiones, al nivel de los países atrasados, de la evolución cíclica del capitalismo en el Viejo Continente y los Estados Unidos, inherente a este sistema durante el siglo XIX. (En el siglo XX no son las "crisis cíclicas", sino otro tipo de crisis el que influye en el consumo del café: guerras, depresiones, etc.).

De 1860 a 1869 volvió a presentarse un deterioro en el consumo. Uno de los factores determinantes fue la guerra civil en Estados Unidos (1861-1864). Pero el fundamental se debe a la crisis capitalista de 1866.

3. De 1870 a 1907. Este período se caracterizó por el fuerte retroceso del café de Java y el crecimiento de la producción en América Latina, en especial en el Brasil, país que después de haber suministrado en 1880 el 60% de la producción mundial, al doblar el siglo asumía definitivamente el papel predominante con las $\frac{3}{4}$ partes de dicha producción.

Estamos, pues, en la historia moderna del café. El comercio y el cultivo cafetero se extendieron y exigieron para sí, al fomentar su introducción, todos los adelantos en materia de comunicaciones, transportes, etc. Fueron estos años de gran progreso en el Brasil: se construyeron ferrocarriles en gran escala, se facilitó el uso de los ríos por medio de obras que los hicieron navegables, se hicieron canales, puertos, redes de telégrafos. La presión de la demanda exterior repercutió en el interior en una exigencia siempre más creciente de brazos. Los nuevos cultivos no pudieron tolerar la concentración e inmovilización de hombres que significaba el régimen esclavista; el 28 de septiembre de 1871 los esclavos fueron libertados, y, de esta manera, a una población de más de diez millones de habitantes se le inyectaron millón y medio, algo así como el 18%.

La crisis europea de 1873 no ejerció en América un efecto inmediato. Sus consecuencias repercutieron tiempo después, en la crisis de superproducción de 1879-1887. En 1873 las existencias de café acumuladas en Europa eran de 860.000 quintales; en 1885 ascendieron a 5.398.000. En tanto que la producción brasileña crecía, los precios bajaban. La etapa siguiente, hasta 1897, fue de equilibrio. El consumo de Estados Unidos volvió a tener un notable ascenso. El siguiente período de superproducción abarca la primera década de este siglo. De 1909 a 1913 se presentó una nueva

etapa de equilibrio entre producción y consumo; sin embargo, era este equilibrio artificial (según Roth, resultado de la política proteccionista del Gobierno brasileño). La crisis corroía al capitalismo mundial, se agudizaba la competencia entre las grandes potencias, las que querían asegurar mercados más amplios y darle a sus industrias una nueva utilización. Estas necesidades económicas de expansión de los monopolios estallaron en la guerra del 14. Naturalmente la exportación de café se restringió mucho en virtud de este acontecimiento. Salido el capitalismo de esta crisis, los años comprendidos entre 1919 y finales de la década del 20 fueron años de animación del comercio cafetero, de crecimiento de la producción y los precios, durante un lapso de descenso de las existencias. Hacia 1930 se presentó de nuevo la superproducción.

* * *

No es un hecho extraordinario que cierto tipo de bienes de consumo como el café o el té puedan ser solo sustancialmente absorbidos por las naciones altamente desarrolladas. Hoy en día, además, y debido a los modernos procedimientos de refinación, el café se ha convertido en un artículo cuyo consumo depende, más que nunca, del patrón de vida de quien lo adquiere. Por lo tanto es lógico que la variación en los ingresos del consumidor condicione su demanda. A esto se agrega que la demanda del café es relativamente inelástica; esto significa que a un aumento de la producción no corresponde un aumento proporcional del consumo. En 1952 el café representó en la economía de los países cultivadores la mitad del volumen de sus exportaciones y únicamente un 3% de la importación de los países consumidores ²⁷. Existe al respecto que nos ocupa una dependencia muy marcada entre los países productores, subindustrializados y agrícolas, y los países ricos e industrializados, como un alto nivel de ingreso *per capita*.

Esta dependencia, según lo hemos visto, hace que el desenvolvimiento del capitalismo en las grandes potencias, desenvolvimiento cíclico y contradictorio en el siglo XIX o acíclico pero igualmente contradictorio en el siglo actual, repercute en los pueblos atrasados. Durante el período de buenas ventas, el caficultor (o el empresario) se anima, toma créditos, extiende sus cultivos y ofrece, en la esperanza de ganar más, mayor cantidad de café a los norteamericanos y europeos. Como se emplean un número más crecido de trabajadores, la economía del país prospera. Entonces se importa una cantidad mayor de artículos del exterior, se piden préstamos, dentro o fuera, para poder traer más artículos, ya que los comerciantes nacionales y extranjeros creen hallar mercados fáciles. Pero cuando se presenta la crisis de superproducción en los países capitalistas y su actividad económica toda sufre una contracción y brotan los desempleados y descende

la capacidad de compra del consumidor, no solamente, en medio de la pobreza de la crisis, los almacenes y depósitos se abarrotan de artículos propios, sino también los puertos de mercancías extranjeras (café, azúcar, té, etc.) que no se pueden vender. Los países pobres no encuentran comprador y se ven obligados a restringir la producción, a destruir sus propias mercancías para tratar de mantener los precios, a despedir trabajadores, a sufrir, asimismo, en la abundancia de su propia producción invendible, las restricciones, la desocupación, la miseria. Pero lo más grave son los efectos sobre el equipamiento industrial y el desarrollo económico.

Mientras que antes de la segunda guerra el consumo mundial fue menor comparado con la producción, y únicamente se pudo vender el 80% de esta última, inmediatamente después de la guerra la proporción se invierte. Esta tendencia entre oferta y consumo en el café se manifiesta en el volumen de las exportaciones colombianas durante el mencionado lapso.

EXPORTACIONES COLOMBIANAS (1929—1938)

(En millones de dólares)

1929	136.9	1935	69.7
1932	32.7	1936	78.3
1933	44.7	1937	86.3
1934	60.4	1938	80.8 ²⁸

Los primeros años de la década del 40 inauguraron una nueva fase del comercio cafetero en el mundo: la política de los pactos. Cada país productor se comprometió a ofrecer al mercado solo una parte de su producción, una cuota, la cual se determinó según el volumen de su producción.

EXPORTACION CAFETERA COLOMBIANA (1945—1952)

(En % de la exportación global del país)

1945	74	1949	75
1946	77	1950	78
1947	77	1951	78
1948	78	1952	80 ²⁹

Hacia 1949 vuelven a manifestarse todos los síntomas de la superproducción. La importación en los Estados Unidos decrece: los tostadores neoyorkinos compraron en este año un 10% menos que en los anteriores.

Repentinamente aparece un factor contrarrestante de la baja: la guerra de Corea. El ejército americano tomó una cierta importancia como consumidor independiente.

IMPORTACION ESTADINENSE (1946—1952)

(En sacos de café de 1.000 toneladas)

1946-48	1.208.6		
1949	1.323.2	1951	1.218.1
1950	1.105.5	1952	1.215.6

Pero la tendencia a la baja era inevitable.

EXPORTACION CAFETERA COLOMBIANA (1953—1958)

(En tanto por ciento de la exportación global del país)

1953	83	1956	77
1954	84	1957	76
1955	84	1958	77

La crisis de superproducción, y la correlativa restricción de su cuota de ventas en los mercados tradicionales a la que está el país abocado, se agravan y se agravarán más aún en el futuro, no solo debido a las circunstancias “normales”, sino, además, por la introducción de nuevos competidores —los países africanos—, los cuales, por otra parte, son reticentes a someterse a la regulación que implican los pactos de cuotas. Uganda, por ejemplo, exportaba hace unos años, tantos sacos de café como Haití; Kenya, tantos como Costa Rica; Tanganyka y Guatemala poseían un volumen similar de exportación; el Congo Belga similar, también, al de Venezuela; el Africa Occidental francesa, que entre 1940 y 1950 elevó su producción de 15.000 a 55.000 toneladas, cultivaba una cantidad análoga a la del Salvador³⁰.

El país hoy en día determinante del aumento o la disminución del consumo del café en el mundo son los Estados Unidos. Alrededor de 1950 absorbían las $\frac{2}{3}$ partes de la producción mundial (antes de la guerra absorbían la mitad).

Esta dependencia también existe con relación a Colombia. A su turno, los Estados Unidos suministran al país el grueso de sus importaciones.

COLOMBIA. — IMPORTACIONES DE:

(En millones de dólares)

	EE. UU.	Alemania ¹	Inglaterra	Francia
1938	45.7	15.4	11.0	3.0
1952	278.5	21.8	20.8	12.1
1953	337.8	34.5	24.2	37.5
1954	420.6	54.4	30.0	29.5
1955	420.8	64.4	28.9	20.2
1956	406.0	76.7	22.3	18.0

EXPORTACIONES DE COLOMBIA A LOS EE. UU.

(En millones de dólares)

1938	42.6	1954	518.2
1952	381.0	1955	430.7
1953	477.1	1956	383.3 ²¹

* * *

Permítasenos una digresión acerca de los problemas inherentes al monocultivo en Colombia y América Latina.

Es bien sabido que las sociedades humanas se encuentran regidas por leyes que son propias de cada modo de producción. Estas leyes, empero, no funcionan de manera automática, sino que, por el contrario, son tendencias que están sujetas a múltiples factores de índole natural, social o política. Una vez alcanzada una cierta etapa de su desenvolvimiento, una aglomeración humana orgánica cambia de carácter, impulsada por sus contradicciones internas —producto de esas mismas leyes—, y justamente, para resolver estas contradicciones. No obstante, este cambio de carácter no ocurre a un mismo tiempo, ni de manera armónica, en todas las comunidades humanas, ni siquiera en un grupo de comunidades que se hallan en una etapa análoga de evolución.

Este supuesto es también válido, desde luego, para el período histórico que inmediatamente examinaremos, que puede caracterizarse con tres rasgos esenciales: definitivo triunfo del modo de producción capitalista sobre el feudalismo, transición del capitalismo manufacturero al capitalismo in-

¹ Las cifras correspondientes a Alemania se refieren a la República Federal Alemana, excepto el año 1938.

dustrial y creación del mercado mundial. Es decir, el período del capitalismo de la libre competencia.

En el siglo XIX las más adelantadas naciones europeas, lo mismo que Estados Unidos, adquirieron una gran ventaja en el desarrollo de su economía sobre el resto de los países del mundo y también, por supuesto, sobre los de América Latina. Ninguna zona o región climática y geográfica del Viejo Continente estaba en condiciones de suministrar a las naciones europeas todos aquellos productos agrícolas o del subsuelo indispensables a su civilización industrial. La expansión del capitalismo requería cada día un mayor número de esos productos, al menor costo posible. Estimulados por esa exigencia las naciones europeas en desarrollo se lanzaron sobre los Continentes asiático y africano, cuyos territorios se repartieron. Las flamantes potencias especializaron la producción agrícola de las antiguas colonias españolas de acuerdo con sus requerimientos. Los medios utilizados fueron diversos, desde la adaptación insensible y espontánea de un cultivo, hasta la adaptación dirigida y alentada por la inversión foránea, como es el caso de las Antillas Mayores con la caña de azúcar y ciertas plantaciones de frutas. A medida que la industria crecía en Europa Occidental y en Estados Unidos, parecía imponerse la decisión fatal de romper los estrechos diques de la división nacional o intercontinental del trabajo para buscar nuevas fuentes de materias primas en Java y las Antillas, en África y en Suramérica.

Esta repartición del trabajo a nivel internacional trajo consigo decisivas consecuencias para las naciones latinoamericanas: sus economías no solo se hicieron unilaterales, con todas las repercusiones de este fenómeno sobre el progreso económico general, sino que, además, debido al tipo de relaciones de intercambio que se derivan de este mismo proceso de "unilateralización", se convirtieron en dependientes de algún país capitalista.

Más tarde, el capitalismo se torna en capitalismo "planetario", pero el cuadro anterior no registra ni la más mínima modificación en un sentido que pudiera favorecer a la parte desvalida: antes bien, la especialización y la dependencia se acrecientan.

El proceso muestra, en lo principal, las siguientes características:

a) Las necesidades de las grandes potencias varían de acuerdo con las diferentes coyunturas de su propia economía. En épocas de crisis, lógicamente, la demanda de bienes agrícolas es menor. Esta restricción afecta a los países productores, los que en ocasiones resultan profundamente lesionados;

b) La demanda de distintas materias primas y bienes de consumo depende, igualmente, de la clase de producto en cuestión. El ritmo de crecimiento de la demanda no es el mismo cuando se refiere al azúcar, al café

o a la carne. Los países que se especializan en un renglón de artículos cuya demanda es inelástica están menos al abrigo de graves perjuicios a su economía que los que no se hallan en la misma situación;

c) Es posible que, buscando la ampliación de la base de suministro de sus materias primas, las grandes potencias estén dispuestas a auspiciar ciertas reformas técnicas en los países dependientes y se interesen en introducir nuevos procedimientos agrícolas. Estas medidas, con todo, no proporcionan ningún alivio a los problemas de la unilateralización y la dependencia, ni tampoco impulsan al país hacia una más ventajosa estructura socio-económica;

d) Los monopolios de los países capitalistas avanzados utilizan todos los medios de presión a su alcance a objeto de rebajar el precio de los productos que obtienen en los países subdesarrollados, así como también para disminuir los costos de la explotación;

e) Por otra parte, las potencias capitalistas fomentan, en su propio beneficio, la competencia entre los países subdesarrollados por la venta de sus productos. En ocasiones llegan incluso a estimular determinados cultivos, lo que lesiona a los tradicionales productores de dichos artículos agrarios.

Según algunos observadores, América Latina abastece el mercado mundial de 13 productos esenciales, de los cuales hay cuatro que constituyen el 54% de sus exportaciones.

En Honduras, de su exportación global, el banano ocupa más o menos un 57% anual.

Ahora bien, en las relaciones de venta y compra de los países latinoamericanos con Estados Unidos, estos últimos desempeñan el papel de comprador casi monopolista, al adquirir el 60% o 70% del volumen de las exportaciones de muchos de aquéllos. El capitalismo norteamericano ha logrado suplantar a otros rivales en el acaparamiento de los artículos de América Latina y consiguió adaptar la producción latinoamericana a sus intereses. Por eso no es exagerado afirmar que existe una dependencia de vastos sectores de la producción y el comercio de estos países de las exigencias y las necesidades de Estados Unidos y sus empresas.

Pero al lado de este proceso de especialización se presenta el del deterioro de los términos de intercambio (*terms of trade*). Mientras el crecimiento de la población, el relativo adelanto industrial, etc., ocasionan nuevas necesidades en cuanto a bienes de equipo, artículos de consumo y otras mercancías, en Latinoamérica descienden los precios de sus materias primas, alimentos y estimulantes (café, etc.) exportados. Y, por el contrario, los precios de los productos importados aumentan cada día. El resultado es una constante pérdida de divisas, el desequilibrio crónico de la balanza comercial, así como el hecho de que en las presentes condiciones los funestos

efectos de dicho deterioro son aprovechados por las fuerzas reaccionarias para acrecentar la dependencia.

En 1929, 20 sacos de café equivalían a un automóvil Ford; en 1949, este equivalente se había elevado a 200 sacos; hoy llega a 260. En Argentina, la diferencia entre los precios de exportación de los cueros y las pieles, y los de los tractores importados, ha aumentado en más del 100% después de 1949. En Chile, el precio promedio de las exportaciones es un 90% más bajo que el del período 1925-1929, en tanto que el de las importaciones ha crecido en un 150%. La balanza comercial del Brasil registraba hace poco tiempo un déficit de 4.000 millones de cruzeiros y en México este mismo déficit ascendía a 5.000 millones de pesos. En Colombia³², tomando como base el año de 1954, vemos que el país ha dejado de percibir 1.200 millones de dólares debido a la reducción del precio del café, sin incluir las bajas de los años 1961 y 1962.

Según la revista "Visión"³³, el deterioro de los términos del intercambio comercial entre los Estados Unidos y la América Latina, en perjuicio de esta última y el beneficio de aquéllos, debido a la baja de los precios en los artículos exportados y no a la contracción de la producción de las materias primas y demás artículos de estos países, ascendió a 7.400 millones de dólares en el período de 1955 a 1960.

Los desastrosos efectos de esta situación en lo tocante al desarrollo económico han sido expuestos por Franklin de Oliveira con estas palabras: "Entre 1955 y 1958, los 2.7% del crecimiento per capita que habían caracterizado a la postguerra cayeron a 0.5%. Se deterioraron los precios de los productos de exportación y la balanza de pagos se desequilibró de tal manera que las tendencias previstas para los próximos quince años de aumento de las exportaciones no pasarán del 3% anual, tasa que no coadyuvará a resolver los problemas creados por el crecimiento demográfico"³⁴.

Veamos otros datos globales sobre este problema del intercambio inequitativo. En tanto que en 1928, 42 toneladas de trigo podían ser trocadas por un tractor, en 1956 eran necesarias 111 toneladas. Durante el lapso de 1954-1959 los precios de exportación de los productos latinoamericanos en conjunto cayeron de 109 a 90 (sobre la base de que 1953 la cifra era 100); en el mismo período los precios de importación treparon de 99 a 105. El promedio del precio de 17 importaciones de artículos importantes adquiridos por los mercados estadinenses descendió en 8.4% en el año de 1959.

Sin embargo, el poderío de Estados Unidos sobre el mundo no capitalista no le ha servido para abastecerse suficientemente de los productos agrícolas y mineros que requiere en su economía. El profesor de la Universidad de Harvard, Kingman Brewster Jr., habla de un "déficit de materias primas"³⁵. "La dimensión del déficit —añade— tiende a crecer con el continuo aumento de la población americana, del equipamiento industrial y

del progresivo agotamiento de los recursos internos. Este déficit normal se agrava por las necesidades de orden estratégico". ¿Qué remedios propone el autor para solucionar el problema? Los mismos a que ha recurrido el capitalismo norteamericano en los últimos tiempos: 1) Estimular la competencia entre los países subdesarrollados por la venta de sus productos; 2) Extender y consolidar las posiciones de la economía norteamericana en las naciones dependientes; 3) Intervenir en los asuntos internos de estos mismos países ³⁶.

De 1950 a 1961 —según Raúl Prebisch en "Visión" ³⁷— el deterioro de los términos de intercambio en América Latina fue de 10.100 millones de dólares. Según la CEPAL, "entre 1954 y 1960 el promedio de las exportaciones latinoamericanas a los Estados Unidos bajó alrededor del 20%. En el mismo período el precio de las importaciones de América Latina desde los Estados Unidos subió más del 15%". El ex Presidente Kubitschek anotó en 1963, en su *Informe sobre la Alianza para el Progreso*: "La Alianza para el Progreso pone 1.700 millones en 1959; en 1960 1.500 millones y 1.100 millones en 1961. Todo ocurrió como consecuencia de la baja de precios de los productos regionales. A este respecto la actuación de la Alianza no pasó de la concesión de limitados préstamos de emergencia".

La cuestión comercial se presenta aún más grave para un eventual buen suceso de las fuerzas latinoamericanas por obtener recursos para la financiación del desarrollo de las economías de sus países, si recordamos la tendencia decreciente de los consumos exclusivistas norteamericanos respecto a nuestros productos. En 1960 los Estados Unidos adquirieron un 24% de América Latina del total de sus importaciones, lo que representa una baja con respecto al 36% de la participación de esta región del mundo en el mercado estadinense de 1946.

Las reservas de oro y divisas de los países de América Latina se reducen constantemente de modo casi dramático. En Colombia, las reservas que eran en 1959 de 2.255 millones de dólares cayeron a 1.306 en 1963; en Brasil había en 1961 reservas por valor de 563 millones de dólares y en 1962 descendieron a 467 millones; en Chile, de 1960 a 1962 las reservas disminuyeron en un 50% aproximadamente. Según Javier Márquez ³⁸, las reservas internacionales brutas de América Latina llegaron a finales de 1963 aproximadamente a 2.680 millones de dólares. En 1957 —según el mismo articulista— eran de 3.494 millones de dólares.

Los planes de los medios financieros norteamericanos no permiten suponer una transformación de la actual estructura de intercambio. Según el Interamerican Research Committee, establecido por la Asociación Nacional de Planeación de los Estados, las importaciones proyectadas de los Estados Unidos para el área latinoamericana de 1965 a 1970 tendrán un incremento medio interanual de 4.2%. Los principales minerales compren-

den cobre, estaño, petróleo crudo, aceite y zinc. Los principales alimentos son: bananos, cacao, café y azúcar. Se supone que la importación de minerales crecerá a una tasa agregada anual de 2.5% y la de alimentos al 1.7% anual ³⁹.

* * *

Cuando un país como Colombia tiene que pagar cada año un poco más por las cosas que importa, al mismo tiempo que las cosas que vende a otros países no valen tanto aun cuando aumente el volumen de lo exportado, se presenta un grave daño en la economía. Este hecho se refleja en menos empleo, vida cara y, sobre todo, mayor dependencia de los países ricos. Tal cosa nos pasa a nosotros, principalmente respecto a Estados Unidos, como lo demuestran las cifras oficiales.

EXPORTACION DE CAFE COLOMBIANO ENTRE 1957—1964

Año	Millones de sacos de 60 libras	Valores en dólares por libra	Valor recibido en millones de dólares
1957	4.8	0.63	360
1958	5.4	0.52	300
1959	6.4	0.45	320
1960	5.9	0.44	280
1961	5.6	0.43	260
1962	6.5	0.40	310
1963	6.1	0.39	280
1964	6.4	0.48	380 ⁴⁰

El "Wall Street Journal" dudaba en 1964 de las posibilidades norteamericanas en cuanto al cumplimiento de sus compromisos cafeteros.

No es nuestro propósito entrar ahora al estudio del problema específico de los medios de pago y de la inflación. Es bien sabido que las continuas emisiones monetarias están causándole al pueblo y a la economía colombianos grandes perjuicios y que el país carece de mecanismos adecuados para canalizar la inflación en el sentido del desarrollo económico, como ha sido la experiencia de otras naciones con una clase burguesa activa y viril. En Colombia existe un déficit presupuestal crónico, una de cuyas causas es el descenso de las divisas de importación; otra causa es la de las cuantiosas emisiones que se efectúan para financiar las grandes compras de las cosechas a que se ve obligada la Federación Nacional de Cafeteros, a fin de que se cumplan los compromisos internacionales en este renglón.

La baja de los precios del café incide negativamente tanto en las posibilidades de la industrialización como en lo referente a la estabilidad del peso y, por ende, al nivel de vida de la población.

Desde el primero de abril de 1961 el dólar libre inicia un ascenso que ha superado todas las previsiones. Cinco grandes causas pueden señalarse como las decisivas para este hecho: 1) “La crisis que va a culminar con estas medidas (*las de la devaluación de 1962. F. P.*) (...) es la gran crisis del café”. (C. Sanz de Santamaría, discurso ante el Congreso el 7 de noviembre de 1962, *Devaluación/1962*, Bogotá 1963). Añade el entonces Ministro de Hacienda: “pero ésta (*Crisis. F. P.*), con mayor intensidad que otras, por la circunstancia de depender Colombia en un 80% de los precios del café. Esta es la única moneda extranjera de que dispone el país en realidad. Es su único poder adquisitivo en el exterior”. 2) El segundo factor de devaluación, según Sanz de Santamaría, se refiere al aumento de las mercancías importadas, que fue en el año de 1962 de un 20%. 3) Otro factor fue el del contrabando, que alcanzó la suma de 25 millones de dólares. 4) Los egresos por concepto de los viajes de la oligarquía, la cual invirtió en ese concepto, eminentemente suntuario, 60 millones de dólares, en algo así como 165 mil viajes anuales. (A. López Michelsen, obra citada, página 227).

Coincidiendo con la baja de los precios del café en el lapso entre 1954 a 1962, la moneda nacional perdió el 43% de su poder de compra. Los artículos agrícolas subieron en este período en un 414%. El antiguo Gerente del Instituto Nacional de Abastecimientos declaró en 1963 que el deterioro de los términos de intercambio “ha producido un encarecimiento nunca visto en el costo de la vida con el consiguiente desmedro de las necesidades vitales del pueblo”. (“El Tiempo”, 20 de junio de 1963, pág. 21).

* * *

Hay realidades tan clamorosas en su radical injusticia que ni los órganos publicitarios más interesados en el mantenimiento del statu quo pueden evitar, en ocasiones, el revelarlas a la opinión ciudadana. Así, por ejemplo, en lo que toca a beneficios procedentes de la producción cafetera, la revista “Time” (del 11 de mayo de 1962) publicó las siguientes proporciones sobre la repartición de un dólar cafetero:

	Centavos
Intermediarios	40
Transportes navieros	10
Gobierno	10
Organizaciones internacionales	5
Propietarios de las plantaciones	30
Mano de obra	5

VII.—OTROS ASPECTOS DE NUESTRA ECONOMÍA AGROPECUARIA

La economía de vertiente y de suelos pobres, la economía de baja productividad y de pocas inversiones, o sea, la economía del café, ha derivado en parte en una especie de apoyo o sostén o factor favorable a formas de tenencia de la tierra muy vetustas y perjudiciales para el desarrollo económico colombiano.

La historia de la gran propiedad es en Colombia tan larga como la historia misma del país. Durante la colonización España trató de limitarla valiéndose de las encomiendas, las mitas y los resguardos principalmente, como lo ha indicado el historiador Liévano Aguirre. Las dos primeras instituciones regulaban el modo de utilización de la fuerza de trabajo indígena de manera más o menos radical, dentro del marco de las relaciones coloniales. Por una parte, los encomenderos y hacendados —en su gran mayoría antiguos conquistadores— eran favorecidos con esta reglamentación; pero por otra, la Corona logró mantener un relativo control sobre ellos y siempre persistió en una política de debilitamiento de su poder local. Las leyes de Indias previeron modos de adquisición del dominio de bienes raíces, siendo el favor real (la merced) uno de los más importantes, e igualmente uno de los más ligados a la persona y a la potestad del soberano español. Los resguardos sirvieron para limitar la autoridad de los encomenderos y hacendados, y bien pueden considerarse como una institución humanitaria al servicio de los intereses fundamentales del colonialismo hispano. Todo ese período esconde subrepticias e intensas pugnas entre los encomenderos y hacendados, de una parte, y de otra, la Corona. El surgimiento de la clase de los pequeños agricultores (junto a los artesanos y comerciantes) en el siglo XVIII no eliminó esta pugna, pero la ubicó en otra perspectiva y sus modalidades y acentos fueron diferentes. Los encomenderos y hacendados se rebelaron de modo violento y temerario contra el poder español en los siglos XVI y XVII; baste pensar en Pizarro, en el Perú; en de Oyón, al sur de la Nueva Granada (Jiménez de Quesada fue más cauto y acaso más eficaz en su lucha contra las autoridades coloniales). En cambio, en el siglo XVIII siguieron una política dúctil, a caza de oportunidades favorables, de súbitos esfuerzos y súbitas retiradas. Es suficiente con recordar los sinsabores que tuvo con las autoridades el Marqués de San Jorge, señor Jorge Lozano de Peralta, por el asunto de los abastos de carne a la ciudad de Santa Fe; o su actitud vacilante y sinuosa durante el conflicto de los Comuneros en 1781. Conviene también recordar el papel de los Comuneros de Tunja y Sogamoso, verdaderas huestes de los latifundistas, quienes coligados a las autoridades

impidieron la entrada a la capital del Virreinato de la gran masa proveniente de Santander.

La actividad ganadera fue la principal en las grandes propiedades coloniales, aunque también el cultivo de caña dulce juntamente a la elaboración del producto no fue inusual durante el siglo XVIII ⁴¹. La ganadería ocupó las grandes Sabanas del Oriente. (Recuérdese como caso típico el de la finca “El Novillero”, gran heredad que llegó a manos del Marqués de San Jorge). Los Padres de la Compañía de Jesús establecieron enormes fincas ganaderas en los Llanos de Casanare. En esa época —y aún en parte hoy— la afirmación de Ospina Vásquez es completamente adecuada: “No puede decirse que la necesidad del desmonte excluyera la propiedad grande, aunque evidentemente más la favorecía la tierra rasa, la tierra de sabanas” ⁴². Las regiones del país que llenaron en todo o en parte estos requisitos fueron desde remotos tiempos zonas de ganadería extensiva: Patía, Valle del Cauca, Tolima, llanura atlántica. Esta ganadería extensiva era en cierto modo muy primitiva: latifundios indivisos, ganado que se criaba al natural sin exceso de cuidado, pastos silvestres, y en algunos sitios para favorecer las tierras se hacían quemas con alguna periodicidad. De cuando en vez se llevaban a efecto los rodeos para contar el número de cabezas y marcar las bestias; los sacas eran reuniones similares para despachar el ganado a los centros de consumo. No es exagerada la afirmación de que “cuando finalizaba la Colonia (...) de ese tipo de explotación eran casi todos los viejos latifundios, y mucha parte de las tradicionales grandes haciendas”. Otro factor favorable para el afianzamiento de las explotaciones ganaderas fue el de la existencia de variantes raciales adaptables a nuestro medio ambiente, como la ayapelaña en las llanuras rasas o la blanco orejinegro en las zonas de desmonte. La hacienda ganadera combinó su actividad peculiar con la actividad agrícola, a fin de dar alimento a su población, aunque a través de pequeños segmentos a título de aparcerías o arrendamiento. Algunas heredades dedicaron zonas más extensas a cultivos como el de la caña de azúcar y cuando acació el auge del tabaco, el añil y el algodón, estas plantas ocuparon importantes partes de los latifundios. Junto a las tierras de desmonte, y por fuerza de las circunstancias, creció una variante de la pequeña propiedad, la del colono libre. Esta variante fue una ventaja para la gran hacienda, ya que se servía de los cultivos viveros para las necesidades del suministro de alimento y tenía a su disposición una eventual fuerza de trabajo.

En los años sesenta del siglo pasado fue introducido el alambre de púas en nuestra actividad agropecuaria ⁴³.

El cuadro descrito se mantuvo con pequeñas modificaciones a lo largo del siglo XIX. La poquedumbre de la extensión cubierta por el tabaco no logró lesionar a la ganadería. Tampoco el café pudo (ni había razón al-

guna para que lo hiciera) quebrar la más pequeña vértebra del latifundio ganadero. El café, cultivo de vertiente y de pequeña propiedad, no tenía por qué competir con la ganadería extensiva, actividad de sabana o llanura y de gran propiedad.

Lo que va corrido del siglo XX tampoco ha variado esta situación: el café y el ganado, el latifundio y el minifundio siguen coexistiendo. La actual centuria ha implicado ciertamente un progreso en materia agrícola; ante todo en cuanto se refiere al café; lo mismo en otros renglones que se han desarrollado por la presión del crecimiento de la demanda, aunque hasta ahora no han llegado a coparla. (Hablamos de la demanda efectiva, no de la demanda potencial). Pero este *statu quo* es hoy grave para el progreso económico del país, ya que impide el adelanto agrícola.

Para la Misión Currie la utilización de la tierra en Colombia es irracional. “En la región más densamente poblada del país —sostuvo—, la tierra se usa en forma singular. Por lo general, las extensiones planas, situadas en fértiles valles, se dedican a la ganadería mientras que para la agricultura se emplean las faldas de las montañas”⁴⁴. La superficie total del país es de 1.138.350 kilómetros cuadrados, de los cuales son tierras de pastos (según censo reciente del Ministerio de Agricultura, 1964) más de 400.000 kilómetros cuadrados. La superficie agrícola es la de un 10% de esa superficie total de la República, apenas unos 30.000 kilómetros cuadrados. “El ganado engorda en las planicies mientras la gente lucha en las montañas para lograr una subsistencia apenas suficiente”.

Pese a dominar una vasta extensión de tierra, la ganadería no es una actividad que vaya en constante adelanto. El ritmo absoluto de crecimiento de la población ganadera es muy lento y últimamente hay un retroceso:

	Cabezas de ganado vacuno
1932	7.604.500
1949	15.512.900
1964	14.115.523

Este último dato, procedente de las investigaciones del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), confirma lo que tenían varios observadores. El DANE señala como causas de este descenso las siguientes: 1) Notable aumento del contrabando a Venezuela, singularmente de vaquillonas y novillas de vientre. 2) Exceso de sacrificio de hembras aptas para la reproducción. 3) Creciente mortalidad en pestes y epizootias no controladas. Estas apreciaciones demuestran que nuestra clase de terratenientes —y, como lo veremos, esta es una actitud no exclusiva de los ganaderos— despilfarra sus recursos, no tiene una visión objetiva y de largo alcance de los problemas inherentes al ramo de su actividad y bus-

ca solamente el beneficio inmediato y más fácil. Como sostiene Currie, es una clase de rentistas ociosos. (“Además, aún cuando el dueño quizás vive en una ciudad distante de la hacienda, sin vigilar de cerca su explotación, una finca ganadera casi siempre produce bastante para que su propietario viva muy bien”). Los propietarios viven muy bien, pero la producción nacional disminuye. Estas son las cifras de la población ganadera por habitante:

Año	Cabezas de ganado por habitante (Aproximadamente)
1932	1
1949	0.9
1964	0.75

La productividad de la ganadería es mucho más baja que la del sector agrícola. Alguien, basado en datos de la CEPAL, ha hecho una síntesis de este aspecto del problema: “Según la CEPAL, el insumo de mano de obra por hectárea es de 7 jornadas al año, en la ganadería. En forma tal que una finca de 400 hectáreas que carezca de todo cultivo y que esté dedicada exclusivamente a la explotación ganadera, absorbería 2.800 jornadas de trabajo anuales, o sea, la posibilidad de utilizar tan solo 10 a 12 asalariados al año. Esto demuestra el carácter extensivo de la explotación ganadera y su bajo nivel de ocupación. Por lo demás, la productividad de la mano de obra está calculada por la misma entidad en siete pesos (\$ 7.00) por jornada de trabajo, para la ganadería, en tanto que en sector agrícola es de once pesos con veinte centavos (\$ 11.20). Igualmente, desde el punto de vista de la formación del producto bruto, mientras el sector agrícola, que solo ocupa el 9.7% de la superficie utilizada, proporciona el 64.5% del producto bruto, la ganadería que ocupa el 90.3% del área utilizada solamente aporta el 35.5% del valor agregado”. Anota en este sentido la CEPAL: “Si la relación entre agricultura y ganadería se expresara en función de superficie, ello significa que una hectárea dedicada al cultivo dé lugar a un producto bruto equivalente al de 17 hectáreas dedicadas a la explotación pecuaria. Esas diferencias tan marcadas en los sectores agrícolas y ganaderos son el reflejo de los sistemas extensivos y de bajo nivel técnico que prevalecen en las actividades pecuarias de Colombia”⁴⁵.

* * *

En cuanto se refiere a los progresos efectuados por la actividad agrícola global, a pesar de algunos avances parciales aquéllos son verdaderamente reducidos. El país necesita que su agricultura produzca mucho más para

satisfacer las diversas necesidades surgidas de la demanda de los artículos de consumo, de la urgencia de las divisas requeridas para la importación de los bienes indispensables para el desarrollo y de las exigencias de materia prima para su industria.

Se ha planteado así el problema de la erosión y el tema de los abonos: "El promedio de terrenos gravemente erosionados en el país es del 7%, 11% en los Departamentos y 3% en los territorios. La erosión media abarca el 24% en promedio del país y la erosión leve el 69%. Se calcula que el río Magdalena lleva al océano anualmente 100 millones de metros cúbicos de tierra acarreados por sus afluentes de la capa vegetal de las vertientes de las cordilleras. Se calcula también que el país pierde anualmente, por causa de la erosión, 213.000 hectáreas de tierra arable. El uso de abonos es muy reducido por su elevado costo. El Registro del Departamento Nacional de Estadística, sobre el Municipio Piloto de Pacho, Cundinamarca, indica lo siguiente: el 22% de las explotaciones utilizan abonos orgánicos; el 9% abonos inorgánicos; el 2% orgánicos e inorgánicos, y el 67% ningún abono. En cuanto a la utilización de energía: en el mismo Municipio, el 0.2% de las explotaciones utilizaban energía mecánica; el 39.5% energía animal; el 32% energía mecánica y animal, y el 58.1% energía humana" ⁴⁶.

Según otros datos complementarios, el 75% de la erosión se produce en áreas de micro-propiedad, debido precisamente a la índole muy atrasada de los cultivos que allí se practican (de pan coger). El plan de reforestación, que podría detener gran parte de la erosión, tiene un costo de 4 mil millones de pesos (antes de las devaluaciones de 1964/65), inversión que hoy parece altamente improbable dada la bajísima rata de inversión en las actividades agropecuarias.

Volviendo al punto de los abonos y fertilizantes, Currie alude a la relación entre costo de los artículos dedicados a estos usos y la inversión en el campo. Dice así el renombrado economista: "Los abonos y fertilizantes son muy caros debido a los elevados costos de los ingredientes (todos los cuales son importados) y de los transportes, y poco se utilizan excepto en los cultivos de papa y otros dos productos. Los insecticidas y los fungicidas son también muy caros". Sobre el mismo aspecto del bajo nivel de fuerzas productivas agrarias, que estamos tratando, Currie atestigua lo siguiente: "Otra práctica que limita la productividad agrícola es la utilización de la peor parte de una cosecha para semilla".

La mecanización de nuestra agricultura y el concomitante proceso de introducción de relaciones capitalistas de producción en el campo colombiano, ha sido después de la Segunda Guerra Mundial un proceso oscilante y un tanto tortuoso. El Ministerio de Agricultura dio a conocer en 1949 los siguientes datos:

Año	No. de tractores importados
1946	616
1947	920
1948	479

No obstante los diversos obstáculos, el cuadro actual de los implementos modernos en nuestra agricultura es el siguiente:

TRACTORES E IMPLEMENTOS EN ACTIVIDAD AGROPECUARIA ⁴⁷

Departamento	Tractores	Arados	Rastrillos	Sembradoras	Cultivadoras
Antioquia	248	207	207	124	83
Atlántico	224	187	187	112	75
Bolívar	1.200	1.003	1.003	602	401
Boyacá	711	594	594	357	238
Caldas	541	452	452	271	181
Cauca	937	783	783	570	313
Córdoba	970	811	811	487	324
Cundinamarca	2.426	2.028	2.028	1.217	812
Huila	772	646	646	387	258
Magdalena	1.960	1.639	1.639	983	655
Meta	752	629	629	377	251
Nariño	400	334	334	201	134
Santander del Norte	287	240	240	144	96
Santander	422	353	353	212	141
Tolima	3.315	2.271	2.771	1.664	1.110
Valle	4.636	3.878	3.878	2.325	1.550
Guajira	130	108	108	65	43
Demás territorios	70	58	58	35	23
Total	20.000	16.721	16.721	10.033	6.688

Las principales marcas de la maquinaria agrícola utilizada en Colombia son:

Fordson, 29.39%.

Massey Ferguson, 14.87%

International, 13.84%.

John Deere, Minneapolis, Oliver y Caterpillar, 41.90%.

Este cuadro debe ser utilizado en nexa con otras estadísticas y podremo sacar la conclusión de que la afirmación anterior sobre un lento progreso agrícola permanece válida. Hace diez años el Valle del Cauca tenía 3.315 tractores; en la actualidad 4.636. Por esa misma época, los Departamentos

mentos más atrasados del país tenían 4.324 tractores; la cifra actual para esos mismos territorios es de 5.633 solamente. Los Departamentos más avanzados poseían hace una década unos 12.000 tractores; en la actualidad apenas pasan de los 15.000. La conclusión es la de que el ritmo de la mecanización es todavía inaceptable. El juicio de Ospina Vásquez es contundente: “Los métodos de cultivo que emplea en general nuestra agricultura son extraordinariamente inadecuados y mal concebidos”. Y añade: “Nuestra agricultura tradicional es la peor dotada en materia de técnica y procedimiento del mundo”⁴⁸.

Esta situación se torna un tanto dramática si tenemos en cuenta no la mera extensión de suelos disponibles para las faenas agrícolas, sino la que hoy, con óptimas y eventuales posibilidades de inversión dentro de las actuales circunstancias, puede ser razonablemente aprovechada. Según investigaciones muy serias (citadas por Ospina Vásquez), solamente el 2% de la superficie de la región de los Andes, lo que representa aproximadamente 1 millón de hectáreas, es zona agrícola tractorizable y no requiere pesadas inversiones en recuperación o desecación. El dato agrupa las estribaciones y los planos pedemontales, lo que no excluye, por tanto, las tradicionales dificultades de transporte.

* * *

Los préstamos para la agricultura y la ganadería son, según los testimonios más insospechables, invertidos de modo completamente absurdo y arbitrario, y por fuera de la actividad a la que presumiblemente han sido concedidos. Currie sostiene que “existe una gran necesidad de crédito más barato y a plazos más largos para la adquisición de tierras, para inversiones en edificios y otras mejoras permanentes”. Y agrega: “Los servicios de préstamos y descuentos (...) son inadecuados para las necesidades presentes y futuras”⁴⁹. Pero la Caja de Crédito Agrario, fundada con el objetivo de fortalecer la propiedad campesina media rentable, parece que no presta sus fondos guiada por un criterio de desarrollo económico armónico. La mayor parte de los préstamos son concedidos en Cundinamarca, Antioquia y Valle; en estos Departamentos tiene colocada el 70% de su cartera comercial. Según el *Informe Semanal de Economía*⁵⁰, la Caja ha financiado la compra de solamente 22.650 fincas mediante la voluminosa suma de más de 20 millones de dólares. Es evidente que la Caja está ayudando a la gran propiedad y a la clase de los señores de la tierra. Empero, lo grave del caso es que los préstamos bancarios no se invierten en las actividades agropecuarias. El diario “El Siglo”⁵¹ publicó hace algún tiempo una interesante discusión entre voceros de diversos sectores sociales y gremiales, precisamente sobre el tema que tratamos. Para Jorge Ruiz Quiroga,

Gerente de la Federación de Arroceros; se necesitan 80 millones de dólares de importaciones durante la anualidad 1965/66 para solventar el déficit alimenticio. Con tan tremenda afirmación (sobre cuya veracidad es difícil dudar) pretendía forzar al Gobierno a la autorización de mayor número de préstamos para este renglón de la producción nacional. Los representantes de la burguesía industrial (Hernando Gómez Otálora y Diego Calle) les hicieron ver a él y al señor Manuel Castellanos, Presidente de la SAC, que la cartera de la Caja Agraria pasaba de los 2.000 millones de dólares, a más de un cupo de redescuento en el Banco de la República por 700 millones. El 36% del crédito va al sector agropecuario. Pero, denunció Calle, “existen ejemplos de abusos, tanto de ganaderos como de industriales, que solicitan créditos, se les otorgan y se van al exterior a disfrutarlos”. Seguimos todavía viviendo en el país bajo el estigma de una “clase ociosa”, incapaz de ahorrar, que despilfarra los recursos del trabajo de sus dependientes y malgasta también los del contribuyente colombiano. “El año de 1964 fue el año de los préstamos”, asegura el *Informe Semanal de Economía* ⁵². “Sin embargo —añade la publicación—, los índices de ocupación, estacionarios el año pasado, parecen demostrar esta tendencia especulativa de nuestro precapitalismo colombiano”. Especulativa y despilfarradora, repítámoslo.

* * *

Es erróneo considerar a Colombia actualmente como un país en el que la parte del ingreso nacional correspondiente al llamado sector *primario* (agricultura, ganadería, pesca y minería) sea la dominante en términos absolutos o en términos relativos. No solo porque ya ni siquiera ella llega al 50% consignado en muchos trabajos sobre problemas nacionales, sino porque dentro de la contabilidad pública el sector primario abarca renglones no agropecuarios, como la pesca y la minería. En 1950 el sector primario contaba con un 43.0% del total del ingreso nacional. Los otros dos sectores llegaban al 57.0% de este mismo total, así distribuidos: un 15.2% para la construcción y la industria, y un 41.8% para el comercio y las finanzas, y transportes y servicios públicos en general. En 1957 el primer sector poseía el 41.1% (18.5% para el segundo y 40.4% para el tercero).

Si consideramos la evolución de los porcentajes en un lapso determinado vemos entonces que, lejos de aumentar la participación de las actividades agropecuarias, ella tiende a disminuir en la totalidad del ingreso nacional por sectores económicos. Conclusión: Colombia tiende cada vez a ser menos “país agrícola”, ya que dentro del total de la actividad económica el producto de las faenas campesinas es de año en año *relativamente* menor.

La misma dirección se diseña cuando al analizar el desenvolvimiento de la composición del productor por actividades. Referido a 1925, ya en 1945, veinte años más tarde, el porcentaje descendió en un 11.8% para el sector de las actividades agropecuarias. Y por relación a 1945 la disminución en 1953 era de 11.1%. Es decir, de 1925 a 1953 la caída fue —según los conocidos datos de la CEPAL que estamos citando— de nada menos que del 22.9%.

SECTOR	% 1925	% 1945	% 1953
Primario	60.3	50.7	40.6
(Agricultura y ganadería)	58.8	47.0	36.9
Secundario	13.1	22.6	25.8
Terciario	26.6	26.7	43.6

De 1957 a esta fecha la tendencia que se ha venido anotando se ha robustecido. Así lo indican los cálculos del *Plan de Desarrollo Económico y Social* para el año de 1959, en lo que se refiere a la relación porcentual del producto bruto interno.

Por los cálculos que reproduce el *Plan de Desarrollo Económico y Social* se puede ver una disminución de las tasas anuales medias de crecimiento del sector agropecuario no solo comparativamente, respecto a los otros sectores, sino, lo que es apenas una lógica consecuencia de lo ya visto, respecto a niveles anteriores.

INGRESO NACIONAL POR SECTORES ECONOMICOS 1950 — 1957 (En %)

Sectores	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957
Primario (Agricultura, ganadería, pesca y minería).	43.0	42.1	41.1	41.2	40.9	39.2	42.9	41.1
Secundario (Construcción e indus- tria).	15.2	15.1	15.0	17.3	17.4	17.5	18.2	18.5
Terciario (Comercio, finanzas, transportes y servicios).	41.8	42.0	42.9	41.6	41.4	41.6	42.6	40.4

TASAS ANUALES MEDIAS DE CRECIMIENTO DE LOS PRINCIPALES
SECTORES DE ORIGEN DEL PRODUCTO BRUTO INTERNO

SECTOR	1956 — 59	1959 — 64
Producción agropecuaria		
Café	8.2	2.0
Otros productos	3.2	5.1
Producción de la minería	4.6	7.4
Producción industrial		
Industria fabril	6.2	8.6
Artesanía	2.3	3.3
Construcciones	0.5	10.2
Comercio	1.1	5.6
Transportes	0.5	6.2
Electricidad, gas y agua	8.2	13.8
Banco y Finanzas	1.0	8.3
Servicios personales	4.2	3.1
Servicios del Gobierno	1.6	6.8
Promedio incluyendo otros sectores	3.7	5.6

Así se presume allí mismo la composición porcentual del producto bruto interno para 1964:

SECTOR	%
Primario	35.4
(Agricultura y ganadería)	(29.7)
Secundario	24.5
Terciario	40.1

El descenso relativo de la parte porcentual de la producción del campo no indica nada de por sí en referencia al desarrollo económico y al progreso real de un país. En Colombia, dada su específica realidad y su grado de desarrollo, ello es síntoma de una transformación lenta, aunque inexorable: el capitalismo ha venido creciendo. La consecuencia más de bulto es la de una disminución relativa de las actividades agropecuarias como lógica consecuencia del avance del comercio y la industria.

Con todo hay una situación de falta de racionalidad y de atraso en la producción agraria, lo cual se manifiesta por los rasgos siguientes:

1. La creciente diferencia entre el ritmo de desenvolvimiento de la ciudad y el campo tiene raíces en la índole del gran capitalismo colombiano, el cual en una considerable medida no está interesado en impulsar el desarrollo de la agricultura.

2. Esto se conecta adecuadamente con el hecho de una bajísima productividad, la que tiene como causa el mantenimiento de relaciones de producción feudales y semif feudales. El capitalismo comercial “comprador” y burocrático convive con ellas.

3. A lo anterior débese añadir lo siguiente: alrededor de las $\frac{2}{3}$ partes de la producción agropecuaria, y casi la mitad de la agrícola, están constituidas por el café, nuestro principal producto de exportación. El café, pues, permite traer al país parte de aquellos bienes de producción necesarios para el funcionamiento de la industria y dado caso ciertas materias primas.

4. El café, cuya producción se asienta en relaciones sociales y formas de tenencia de la tierra arcaicas, satisface exigencias de mercados extranjeros, en especial del mercado norteamericano.

5. Colombia no es un “país agrario” exclusivamente, si por tal se considera a un país cuya mayor producción corresponda a la agricultura. Sin embargo, Colombia depende, hoy por hoy, en cuanto se refiere a su desarrollo económico, del café. Esta contradicción está desgarrando al país y acarrea consecuencias gravísimas para la vida nacional. Aquí se sitúa el centro del problema, el secreto de nuestro progreso social: solucionar este antagonismo sería el comienzo del comienzo.

VIII.—LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Según informaciones del P. Gustavo Pérez⁵³, publicadas en su libro *El Campesino colombiano*, durante la época de la violencia en Colombia (1947—1957) el sector agrícola no presenta un incremento notable del desarrollo del capitalismo. Las inversiones no se caracterizaron por su dinamismo y su pujanza; por el contrario, fueron escuálidas y en veces casi nulas. Esto no es de extrañar si tenemos en cuenta que el terrible proceso de la susodicha violencia se pliega a ciertas tradiciones colombianas, es una especie de instrumento para fortalecer relaciones de producción y formas de tenencia de la tierra antiguas e irracionales, de bajo nivel productivo, pero típicas de cierto tenaz y supérstite feudalismo —aunque de ningún modo agonizante— que se las ha ingeniado para no desaparecer en pleno siglo XX.

Cifras recientes confirman un estado crítico en los sectores agrícolas que suministran al país medios de subsistencia de primera necesidad o materias primas para nuestros complejos industriales. Los progresos durables son apenas sectoriales y muy localizados.

Tenemos el caso del algodón, uno de los cultivos de mayor importancia para la existencia de un sector industrial textil de gran valimiento dentro de la economía nacional. Según algunos observadores, hasta 1959 “el cul-

tivo del algodón ha venido creciendo en forma sostenida y parece que ya el país superó el período de siembras inconsultas”⁵⁴. Estas palabras reflejan una previsión optimista y pretenden constatar una complementación entre la industria y este renglón agrícola. La apreciación de Hincapié encontraba un apoyo en las tesis que sostenía el Instituto de Fomento Algodonero, para el que el problema del suministro de este producto estaría ya prácticamente solventado para 1960. Pero en 1965 la situación era otra. El Gerente de la Federación de Arroceros, Jorge Ruiz Quiroga, indicó una baja sensible, para 1964, de los siguientes renglones: algodón, aceite, cebada, lana, trigo y frijoles (los dos últimos productos inciden directamente en los consumos populares)⁵⁵. En 1964 el Instituto de Fomento Algodonero planteaba así la situación en un estudio publicado en la prensa diaria: “Al examinar las estadísticas del Instituto de Fomento Algodonero, sobre la producción algodонера nacional, tenemos que aceptar que se hace necesario adoptar una política algodонера definida”. Los datos y análisis, procedentes del mismo citado *Informe*, son bastante significativos. “De acuerdo con dichas estadísticas, tomando como base los estimativos para la cosecha de algodón, correspondiente al año de 1964, en las zonas del interior y del litoral, puede observarse en el presente cuadro las variaciones porcentuales ocurridas respecto al año de 1963:

Zonas algodoneiras	Cosecha		Variación porcentual %
	1963 (Tons.)	1964 (Tons.)	
<i>Interior</i>	87.815	—	—
Algodón semilla	—	63.000	— 28.3
Fibra	32.466	23.000	— 29.2
Semilla	53.312	40.000	— 25.0
<i>Litoral y Meta:</i>			
Algodón semilla	112.131	130.000	+ 15.9
Fibra	40.004	46.000	+ 15.0
Semilla	69.807	80.000	+ 14.6

“Tal como se observa en este cuadro, se ha presentado una notable disminución en la producción algodонера del interior (Valle del Cauca y Tolima), con respecto al año de 1963.

“En el Valle del Cauca, en el período máximo de su desarrollo algodонера que correspondió al año de 1962, se cultivaron 35.919 hectáreas que produjeron 58.175 toneladas de algodón semilla. Para la cosecha de 1964, que está terminando actualmente, se tiene un estimativo de solo 15.174 hectáreas y una producción de 20.000 toneladas de algodón, es

decir, una reducción aproximada del 65.6% en un período relativamente corto. En el Tolima la producción de algodón se ha mantenido estable, con un ligero incremento, (38.668 toneladas de algodón semilla en 1963 y 43.137 toneladas en 1964).

“En la zona del Litoral la producción tendrá un apreciable incremento en 1964 (160.000 toneladas de algodón semilla), en comparación con la de 1963 (103.000 toneladas). En la zona del Meta se presentará también un aumento en la producción de la presente cosecha, estimada en 11.000 toneladas de algodón, en comparación con la producción de 1963, que fue de 9.243 toneladas.

“Si observamos las cifras del siguiente cuadro, en el cual se anotan, para cada una de las zonas algodoneras del país, las producciones de algodón obtenidas en los años de 1962 a 1964, veremos las disminuciones operadas respecto al año de 1962:

Zonas algodoneras	Cosecha		Cosecha 1964. Variaciones porcentual respecto a 1962.	
	(Tons.) 1962	(Tons.) 1963		(Tons.) 1964
<i>Interior:</i>				
Algodón semilla . . .	134.723	87.815	63.000	— 53.2%
Fibra	50.314	32.466	23.000	— 56.9%
Semilla	81.652	53.212	40.000	— 51.0%
<i>Litoral y Meta:</i>				
Algodón semilla . . .	89.495	112.131	130.000	+ 45.3%
Fibra	32.041	40.004	46.000	+ 43.6%
Semilla	55.614	69.807	80.000	+ 43.8%
<i>Total en el país:</i>				
Algodón semilla . . .	224.218	119.946	—	— 13.9%
Fibra	82.355	72.470	—	— 16.2%
Semilla	137.266	123.119	—	— 12.6%

“Se observa nuevamente la notable disminución en la producción de algodón operada en las zonas del interior, que para algodón semilla es de un 53.2%, con respecto a la cosecha del año 1962.

“Solamente se conserva el incremento en la producción algodонера en las zonas del Litoral, el cual no alcanza a compensar el déficit operado en el interior. Efectivamente, con base en las cifras del cuadro anterior, existe actualmente en el país una disminución en la producción algodонера nacional del 14%, en comparación con la producción obtenida en 1962.

“El panorama de la situación actual de la industria algodонера nacional puede ilustrarse mediante las siguientes cifras: En 1962 Colombia pro-

dujo 82.355 toneladas de fibra, habiendo sido el consumo de fibra nacional, en ese mismo año, de 55.153 toneladas, produciéndose así un excedente exportable de más de 27.000 toneladas. En 1963 la producción de fibra del país fue de 72.470 toneladas y el consumo nacional, aproximadamente, de 58.000 toneladas, quedando un excedente exportable de solo 14.470 toneladas, parte de las cuales posiblemente sean indispensables para suplir las necesidades de la industria textil nacional, debido a la notable disminución de la presente cosecha del interior.

“El consumo total de fibra de algodón nacional e importado fue de 60.000 toneladas en 1963. En el período de 1957 a 1964 (8 años), la rata de consumo ha aumentado a un 7.68% anual. De esta manera, al cabo de 10 años, sin incluir las posibilidades de exportación de la industria textil nacional, se requerirán en 1974, 106.080 toneladas de fibra de algodón, para suplir las necesidades de la industria nacional, lo cual significa como mínimo unas 267.000 hectáreas cultivadas de algodón. La extensión cultivada en el presente año se estima en unas 150.000 hectáreas, de donde se deduce que en los próximos 10 años habrá necesidad de duplicar la extensión actualmente cultivada de algodón”.

Pero los datos correspondientes a 1965, publicados por el DANE ⁵⁷, no permiten señalar un aumento en las zonas de cultivos de algodón, puesto que esta entidad da como extensión la de 100.242 hectáreas sembradas, muy por debajo del estimativo que para 1964 previó la Federación de Algodoneros. Además, a este ritmo, que comprueba un evidente decrecimiento, es razonable predecir que la duplicación del área de los cultivos, indicada como absolutamente necesaria por la Federación, no pasará de ser otra de las expectativas frustradas a que el país se está acostumbrando.

Vamos a analizar algunas cifras correspondientes, precisamente a la época de la violencia, en otros renglones de la producción agrícola:

1. Maíz:

Año	Superficie en hectáreas	Producción en toneladas
1949	707.180	737.600
1950	651.600	620.300
1951	690.000	756.000
1952	700.000	770.000
1953	700.000	770.000
1957	810.000	710.000

En 1963 el déficit de este grano fue de más de 100 mil toneladas. Halamos, entre 1949 y 1957, dos rasgos dominantes: 1) La producción per-

manece estacionaria o tiende a decrecer. 2) La tecnificación es mínima. Durante esta etapa la población colombiana aumentó de 11 a 14 millones aproximadamente. Téngase en cuenta este aumento de 3 millones de habitantes cuando analicemos los otros cultivos, que, como el maíz, son necesarios consumos de la población.

2. Trigo:

Año	Superficie en hectáreas	Producción en toneladas
1941	180.670	141.600
1949	145.000	128.294
1950	174.000	101.900
1951	180.000	130.000
1952	175.000	140.000
1953	—	150.000
1957	150.000	110.000

La etapa de la violencia coincide con una caída de la producción. No deja de sorprender que haya sido más elevada en 1941, cuando el país tenía 8.800.000 habitantes, que en 1957, cuando tenía 14 millones. La superficie de los cultivos parece haber disminuído igualmente; el dato correlativo referente al descenso en el volumen de la producción demuestra que el retroceso en cuanto a la dimensión de los suelos dedicados a este cultivo no fue el resultado de un incremento de la productividad. Tampoco en los cultivos de trigo la etapa de la violencia corresponde a un desarrollo de las fuerzas productivas, ni a una eventual introducción de relaciones capitalistas en el campo.

3. Cacao:

Año	Superficie en hectáreas	Producción en toneladas
1949	30.690	13.520
1950	31.730	14.550
1951	32.700	14.550
1952	32.700	15.000
1953	32.000	15.000
1957	35.000	15.000

La producción del cacao se mantiene sin retrocesos y sin avances notables. Lo mismo que en el caso del trigo (cuyos precios subieron en más del 50%), el cacao se ha beneficiado últimamente de un alza de los precios de venta. Según Hincapié, “desde 1930 la producción no ha sido suficiente.

El país posee grandes extensiones apropiadas para el cultivo, pero todavía se lo está importando”.

En cambio, hay otros renglones cuyo adelanto fue importante en esa etapa.

4. Cebada:

Año	Superficie en hectáreas	Producción en toneladas
1949	45.225	51.078
1950	43.910	50.470
1951	50.000	62.000
1952	51.000	61.000
1953	53.000	65.000
1959	50.000	70.000

Según Hincapié, “el país está muy cerca del autoabastecimiento, ya que las Granjas de Tibaitatá y Bonza están multiplicando las variedades de Bachué y Tequedama”. Sobre los cultivos de cebada influye favorablemente el hecho de la existencia de una industria cervecera importante y en constante expansión (sin que olvidemos el carácter cada vez más parasitario que toma y su índole monopolística). Parece que en este renglón se opera un proceso de tecnificación bien perceptible.

5. Azúcar: ⁵⁸

Año	Superficie en hectáreas	Producción en toneladas
1949	22.880	138.450
1950	23.250	147.410
1951	24.000	183.130
1952	24.000	152.000
1953	29.000	185.000
1954	—	240.600
1955	—	253.300
1956	—	261.300
1957	—	233.900
1958	—	263.600
1959	—	276.800
1960	—	328.300
1961	—	262.600
1962	— (en 10 meses)	401.878

No obstante estos dos —y otros muy contados— progresos parciales de la agricultura colombiana, ésta permanece estacionaria o retrocede. Así lo atestiguan los datos globales.

Lo más grave es el cuadro total que se deriva de las cifras sobre nuestro desarrollo agrícola, que cobijan los últimos años:

(EN MILLONES DE PESOS, DE 1958)

	1956/57	1962	1963	1964
Agricultura	7.000	7.409	7.485	7.836
Industria	—	4.676	4.899	5.232
Servicios	—	10.817	11.333	11.943
Otros	—	2.494	2.521	2.619

Vemos nítidamente que las cifras *absolutas* de la producción agrícola aumentan a un ritmo tan precario que no acompañan al desenvolvimiento de la población. Este es uno de los rasgos típicos del subdesarrollo⁵⁹. El *Plan de Desarrollo*, teniendo en cuenta esta disparidad de crecimiento, había elaborado los siguientes cálculos, en espera de que, de llevarse a efecto las previsiones, el país podría recuperarse. Los resultados alcanzados estuvieron muy lejos de las ambiciones del citado *Plan*.

AGRICULTURA (crecimiento anual)

	Estaba previsto en el Plan:	Sucedió realmente:
1er. año	4.1%	3.3%
2do. año	4.1%	3.8%
3er. año	4.1%	1.0%

Los redactores del *Informe Socio-Económico* que la Dirección Nacional Liberal presentó al país en 1965 escribieron las siguientes palabras: “En los cuatro primeros años del Plan Decenal la producción agrícola ha sido la más retardada. Debió aumentar en no menos del 4% anual, es decir, 17% en todo el período. En total, el crecimiento cumplido durante todo el cuatrienio no llega al 4.8%”. (Los datos los tomó la comisión del *Primer Informe sobre producción agrícola, minera, industrial y eléctrica. Colombia 1950/1963*, de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI).

CONCLUSION: VIOLENCIA Y SUBDESARROLLO

En dos estudios ya publicados por el autor de estas páginas⁶⁰, se efectuó el examen de la serie de factores socio-económicos que agrupados bajo

el concepto de “fracaso de la tentativa de revolución burguesa” coadyuvaron decisivamente a la generación de la violencia y se describe también el cariz socio-económico de la misma, con la conclusión de que ella fue instrumento de una nueva apropiación semifeudal de la tierra, a costa principalmente de los campesinos de las capas media y baja, y solo excepcionalmente de los campesinos liberales acomodados. La tentativa de revolución burguesa, en razón de su falta de radicalismo y de su carácter parcial, agudizó los conflictos y reagrupó durante toda la Revolución en Marcha y la agonía del régimen liberal a aquel conjunto de factores que hemos cobijado bajo la denominación de “genealogía de la violencia”, en especial a los beneficiarios del subdesarrollo agrícola y a los usufructuarios de un capital comercial parasitario que surge alrededor del negocio de exportación. La Revolución en Marcha y los resultados de la Segunda Guerra Mundial, junto con la creciente influencia del capital extranjero sobre nuestra economía industrial, dividieron la burguesía nacional en dos grupos: la gran burguesía, ligada a los monopolios, y una burguesía progresista, relegada de la política y sin posibilidad de darle una dirección al país. Los factores que integran “la genealogía de la violencia”, amenazados por esta burguesía progresista y los más variados sectores populares (movimiento que en el plano político se expresaba en el gaitanismo), se apoyaron en la gran burguesía monopolista, que, además, podía perfectamente pactar con aquéllos debido a su relativo desinterés por una reforma agraria radical que le abriera nuevos mercados, ya que los existentes le bastaban y sobre ellos podía ejercer, con manos libres, una actividad de extorsión, posición contraria a la de la burguesía progresista, la pequeña burguesía y otras capas sociales en busca de desarrollo, para las que la cuestión agraria era vital. El “factor extranjero” vino a sumarse en un clima de guerra fría y no en apoyo de las masas populares.

La violencia, pues, no fue un fenómeno “avanzado” en el sentido de que hubiera impulsado nuestro desarrollo capitalista agrario o cooperado, indirectamente, a un desenvolvimiento sano de nuestra industrialización. A los grandes monopolios les dio la violencia un fenomenal ejército industrial de reserva (desocupados), sobre el cual podía caer una política laboral hábil, la que fue a la postre la de buscar la división de la clase obrera creando no una simple aristocracia sino toda una gran capa de “privilegiados” que son una especie de vitrina frente a los sectores campesinos y al inmenso lumpen de las barriadas.

Algunos han tratado de comparar el proceso de la violencia a las descomposiciones de los campesinados inglés y ruso, analizadas por Marx en el capítulo respectivo del libro I de *El Capital*, y por Lenin en su conocida obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. La comparación no puede ser más descaminada y el síntoma del marxismo esquemático y primario que

ha predominado entre nosotros. Los análisis de Marx y de Lenin no toman en cuenta, porque no podían hacerlo, procesos sociales sujetos a los hechos socio-económicos que hoy conocemos como subdesarrollo, el cual es el resultado de una época en que el capitalismo es planetario y se da la competencia entre dos formas de sociedad industrial (la capitalista y la socialista). El subdesarrollo es, además, inconcebible sin una dependencia de los mercados internacionales, tanto en lo que respecta a la venta de artículos de consumo o de materias primas o de recursos naturales, como en lo referente al equipamiento de las regiones atrasadas. La evolución de un país como Colombia es específica y no tiene por qué poseer lo que sin ser un modelo compulsivo de progreso aparece a los ojos de algunos como si lo fuera. La evolución colombiana ha sido más bien en “zig-zag”, con frecuentes (por lo menos tres: a su modo la Independencia, a mediados del siglo XIX y durante la Revolución en Marcha) tentativas de revolución burguesa, fracasadas por causas, algunas de las cuales aparecen en todas y otras inherentes solo a una u otra. Por lo que respecta a la reciente ola de violencia, sí hallamos en verdad uno de los aspectos de una descomposición clásica del campesinado: la expulsión de su tierra de labor. Acá, a diferencia de Inglaterra, no se hizo para convertirlo en clase obrera industrial o manufacturera, ni los expropiadores de la tierra tenían posibilidad, por carencia de capitales, de tornar las grandes propiedades en genuinas factorías capitalistas. Los campesinos “liberados” no fueron absorbidos por la industria, ya que ésta, en su condición monopolística, y en constante incremento tecnológico, no se encontraba en condiciones de hacerlo. Se dio, pues, una descomposición; pero como bien lo indicaron Marx y Lenin, la descomposición no es, en sí misma, un elemento capitalista sino un prerrequisito que está en condiciones de suscitar un desarrollo social, pero solo si a él se añaden otros prerrequisitos, los que no se presentaron en el caso colombiano. Por eso, a causa de la violencia en gran parte, estamos aguardando aún hoy, casi en el siglo XXI, que en Colombia se generen los mecanismos que nos lleven a una sociedad industrial. Y la violencia nos remite inexorablemente a su genealogía.

Quienes defienden la tesis de que la violencia es el fruto de un desenvolvimiento de tipo capitalista avanzan, además, dos argumentos que rezan así: durante el lapso que va de 1947 a 1957 se presentó un poderoso avance de la industrialización en Colombia, y en esta etapa igualmente hubo, en las zonas de violencia, un crecimiento casi desorbitado de las actividades de la “usura” y el “comercio”. En cuanto a lo primero, nada prueba en lo que respecta a un progreso capitalista *directamente* vinculado a la violencia; no sobra añadir que si hubo una acumulación de capitales, ésta se efectuó en el sentido monopolista de concentración y centralización, lo cual, como demuestra la experiencia histórica nuestra y de los países del

Tercer Mundo, puede coexistir con relaciones agrarias arcaicas o feudales y semif feudales. Los enclaves monopolistas no son sino la patentización de un capitalismo de invernadero que muy poco tiene que ver con un desenvolvimiento industrial global y progresivo. El segundo de los argumentos citados es por lo menos ridículo desde el punto de vista de la teoría marxista, a la cual recurre para embadurnarse con una cierta apariencia. Como Marx lo indicó —y así lo hizo para diferenciarse de la ideología historiográfica reinante en su época—, capitalismo no es igual a capital.

En Grecia y en Roma existieron grandes capitales dedicados al comercio y la usura e inclusive inversiones en actividades manufactureras, aun cuando estos últimos capitales eran rentables en virtud de una mano de obra esclava. La Edad Media tuvo sus banqueros que financiaban la grandeza de los poderosos y sus interminables caravanas de comerciantes. Hay que repetirlo de nuevo: el capital comercial y usurario es, en determinadas circunstancias, un prerrequisito de relaciones capitalistas de producción (por ejemplo, cuando dicho capital se desplaza a la rama de la industria). Como prerrequisito no posee compulsividad alguna en esta dirección. ¿A dónde fue el capital comercial y usurario amasado durante la violencia? Bien se sabe que en un país subdesarrollado los canales de descapitalización son innumerables; una investigación de este aspecto del tema daría mucha luz acerca del fenómeno de la violencia. Lo cierto es que no parece que este capital haya ido a alimentar la bajísima rata de inversiones agrícolas del período aludido, a ponerse en contacto con eventuales trabajadores asalariados del campo.

Desde el punto de vista práctico la tesis de que la violencia, pese a sus horrores o con todos ellos, fue la partera de nuestro capitalismo agrario no puede ser menos sospechosa: llevada a su consecuencia lógica habría que concluir diciendo que ella reemplazó la revolución democrático-burguesa. Bogotá, 1965.

BIBLIOGRAFIA

1. Estos problemas son analizados en un trabajo del autor del presente ensayo, sobre problemas de los siglos XVIII y XIX en el país, próximo a aparecer.
2. Cf. L. E. NIETO ARTETA. — *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá, 1942.
3. Cf. J. A. OSORIO LIZARAZO. — *Biografía del café*. Bogotá, 1945.
4. Cf. A. SAMPER. — *Importancia del café en el comercio exterior de Colombia*. Bogotá, 1946.
5. Cf. N. SÁENZ. — *Memoria sobre el cultivo del café*. París, 1892.
6. Cf. M. OSPINA RODRÍGUEZ. — *El cultivo del café*. Medellín, 1880.
7. J. HINCAPIÉ. — *Estructura de la economía colombiana*. Medellín, 1959.

8. Cf. L. E. NIETO ARTETA. — *El café en la economía colombiana*. Bogotá, 1958.
9. De 1875 a 1927 ésta creció de 2.95 a 7.28 millones de habitantes; fechas que coinciden con el lapso de la primera expansión de la producción cafetera y, contemplado el panorama en su conjunto, parcialmente coinciden con algunos prerrequisitos para la acumulación primitiva, de la que el incremento agrícola y humano es uno de los elementos integrantes. Pero aún en 1928 la oferta de brazos era inferior a la demanda. (E. G. KÜSEL, *Die Kaffehandelsorganisation in Zentralamerika und Kolumbien*. Hamburgo, 1939, pág. 91).
10. *The Agricultural Development of Colombia*. Report of a mision organized by the I.B.R.D., Washington, 1956, pág. 31.
11. *Coffe in Latin America, I, Colombia and Salvador*. Nueva York, 1955, pág. 26.
12. Obra citada, pág. 28.
13. L. CURRIE. — Bases de un programa de fomento para Colombia. Bogotá, 1951, pág. 72.
14. A. QUIMBAYA. — *La cuestión agraria en la revista Documentos Politicos*, No. 52. Bogotá, 1965, págs. 47, 48.
15. *El café en América Latina*. ONU, 1958, pág. 30. Cita tomada del artículo de N. BUENAVENTURA, *La crisis del café en la revista Documentos Politicos*, No. 31. Bogotá, 1963, pág. 30.
16. A. GARCÍA. — *La crisis estructural de Colombia en la revista Cuadernos Americanos*, No. 6. México, D. F., 1961, pág. 106.
17. W. EICKMEYER. — *Die Entwicklung der Kaffeeproduktion seit dem Beginn des neunzehnten Jarhhunderts*. Colonia, 1935, pág. 6.
18. W. EICKMEYER. — Obra citada, pág. 30.
19. W. EICKMEYER. — Obra citada, pág. 31.
20. Los Estados Unidos no solo estaban interesados en la dependencia de los países cafeteros en razón del propio consumo, sino, también, en razón de intereses localizados en su territorio; porque el papel cada vez más predominante como consumidor le llevaba, lógicamente, a impulsar nuevas empresas (transportes, etc.). Tomemos el caso de las tostadoras. En 1873, en Pittsburg, John Arbuckle fundó la primera tostadora de café. En 1881 poseía ya 85 máquinas; en 1912, con el nombre de "Arbuckl's Brothers", contaba con un capital de 33 millones de dólares y podía tostar de 8 a 9 mil sacos (de 60 kilos) por día. El auge de este tipo de actividades jugó un gran papel en el comercio cafetero, puesto que la competencia entre los cultivadores les favorecía en la tentativa por adquirir el grano al menor precio posible.
21. W. EICKMEYER, págs. 44, 45. — HINCAPIÉ, obra citada, pág. 107.
22. J. HINCAPIÉ. — Obra citada, pág. 108.
23. Boletín de Estadística de la Federación Nacional de Cafeteros.
24. M. MEJÍA. — *Mensaje al XVI Congreso Nacional de Cafeteros*, 1944.
25. Cf. H. ROTH. — *Die Welthandelsware Kaffee in Zeitraum von 1790-1929*. Jena, 1929.
26. H. ROTH. — Obras citada, pág. 23.
27. O. AMMON. — *Kaffee, Tee und Kakao - Ihr Verbrauch in den Industriestaaten der westlichen Welt nach dem zweiten Weltkrieg*. Berlín/Munich, 1954, pág. 11.

28. *Der Aussenhandel des Auslandes-Kolumbien*, No. 97, Stuttgart, 1958, pág. 10. Además, las anteriores cifras indican la fuerte incidencia de la crisis del año 30 en la producción cafetera del país. Sus efectos en el conjunto de las importaciones los podemos observar en el siguiente cuadro:

IMPORTACIONES COLOMBIANAS (1929 — 1934)

(En millones de dólares)

1929	136.9	1933	44.7
1932	32.7	1934	60.4

(*Der Aussenhandel*, etc., pág. 10).

29. *Boletín Mensual de Estadística*, No. 104. Bogotá, 1959, pág. 39.
30. Artículo de C. GARCÉS en la revista *Agricultura Tropical*, No. 8. Bogotá, 1959, págs. 528, 529.
31. *Der Aussenhandel*, etc., págs. 16, 17.
32. Los cálculos han sido elaborados en base a los datos del *Plan General de Desarrollo Económico y Social*, 1ª Parte. Bogotá, pág. 550.
33. *Revista Visión*, Vol. 25, No. 13, pág. 38.
34. F. DE OLIVEIRA. — *Revolução e Contra-revolução no Brasil*. Río de Janeiro, 1962, pág. 75.
35. K. BREWSTER JR. — *Antitrust and American Business Abroad*. Nueva York, Toronto, Londres, 1958.
36. K. BREWSTER JR. — Obra citada, págs. 7, 8.
37. *Revista Visión*, Vol. 26, No. 11, pág. 27.
38. Cf. la revista *Progreso*, 64/65, pág. 47.
39. *Informe Semanal de Economía*. Semana del 5 al 11 de julio de 1964. Bogotá, págs. 86, 87.
40. *Revista Cafetera de Colombia*, No. 140.
41. Cf. J. JARAMILLO URIBE. — *Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII en el Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 1. Bogotá, 1963.
42. L. OSPINA VÁSQUEZ. — *Plan Agrícola*. Medellín, 1963, pág. 30.
43. L. OSPINA VÁSQUEZ. — Obra citada, pág. 33.
44. L. CURRIE. — Obra citada, pág. 71.
45. C. J. DULCA. — *El problema agrario* en la revista *Documentos Políticos*, No. 50. Bogotá, 1965, pág. 40.
46. D. MONTAÑA CUÉLLAR. — *La reforma agraria en Tierra*. Bogotá, 1961, pág. 270.
47. *Informe Semanal de Economía*, No. 40, pág. 239.
48. L. OSPINA VÁSQUEZ. — Obra citada, págs. 28, 29.
49. L. CURRIE. — Obra citada, pág. 90.
50. *Informe Semanal de Economía*, No. 9, pág. 50.

51. *El Siglo*. Bogotá, 16, 2, 65, pág. 13.
52. *Informe Semanal de Economía*, No. 43, pág. 253.
53. Cf. nuestro ensayo *La violencia y la vida colombiana*.
54. J. HINCAPIÉ. — Obra citada, pág. 135.
55. *El Siglo*. Bogotá, 17 de febrero de 1965, pág. 13.
56. *El Tiempo*. Bogotá, 14 de noviembre de 1964, página *Tierras y Ganados*.
57. *El Tiempo*. Bogotá, 29 de mayo de 1965, página *Tierras y Ganados*.
58. Datos tomados de J. HINCAPIÉ, obra citada, pág. 146, y de E. CAICEDO, *El problema azucarero colombiano* en la revista *Documentos Políticos*, Nos. 36/37. Bogotá, 1964, pág. 13.
59. Cf. F. CLAIRMONTE. — *Liberalismo económico y subdesarrollo*. Bogotá, 1953.
60. Cf. F. POSADA DÍAZ. — *La tentativa de revolución burguesa en Colombia y sus resultados* en la revista *Ideas y Valores*, Nos. 27, 28 y 29. Bogotá, 1967, y *La violencia y la vida colombiana* en la revista *Documentos Políticos*, No. 67. Bogotá, 1967.